

BAJO EL SIGNO DE IX BOLON

JULIETA CAMPOS

GOBIERNO DEL ESTADO DE TABASCO
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

27806



Este libro no sale
de la Biblioteca
Fondo Tabasco

BAJO EL SIGNO DE IX BOLON

GOBIERNO DEL ESTADO DE TABASCO
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

F.T.
063M
C353
B34
N.T. 127806

Agradezco a Cesar Mohezo y José Luis Romero la aportación de datos para integrar las listas iconográficas y su colaboración en la selección de piezas. A Julio César Lavier, director del Museo Carlos Pellicer y a Clara Díaz Chazarzabal, el acercamiento a algunos textos que enriquecieron mis referencias bibliográficas. A Lorenzo Uchoa las observaciones que le sugirió la lectura de una versión todavía agreste de este trabajo.

Quiero dejar constancia de la colaboración del Museo Nacional de Antropología e Historia y de todos los que intervinieron, de alguna manera, para integrar el soporte iconográfico de este libro, en los Museos de Juchitán y de Balancán, en el Parque Museo de La Venta, en el Museo de Historia de Tabasco y en el Museo Regional de Antropología Carlos Pellicer de Villahermosa.

A Edna Rivera y Beatriz Mackenzie el testimonio de mi agradecimiento por la suma diligencia y responsabilidad que pusieron en la vigilancia del proceso editorial y, en cuanto a Edna Rivera, en la cuidadosa transcripción mecanográfica del original.

Mi reconocimiento a María Alicia Martínez Medrano porque supo estimular con singular talento, desde el Taller de Dramaturgia del Laboratorio de Teatro Campesino e Indígena, la exploración de los chontales en su memoria étnica. Y a Laura Ramírez por su eficacia y profesionalismo que facilitaron esta edición y caracterizaron su labor en el Instituto de Cultura de Tabasco.

Miguel Cervantes vivió como propia la emoción de este libro, siguió de cerca hallazgos y descubrimientos y puso toda su sensibilidad en el logro de una edición donde forma y contenido alcanzan, creo yo, una excepcional armonía.

Reconozco mi deuda con Octavio Paz que me puso en la pista de ese texto iluminador sobre la maya que es *The Nixel of K'atys* de Linda Schele.

Y, por supuesto, hago explícita mi gratitud a Enrique González Pedrero por el privilegio del acceso que tuvo, a su lado, al conocimiento apasionado de Tabasco.

BAJO EL SIGNO DE IX BOLON

JULIETA CAMPOS

Fotografía
GERARDO SUTER

145066

Edición

Magda Carreón

Asistente

Beatrix Muhlensie

Producción

DIF-Tabasco

ICU

Diseño

Ricardo Salas

Fotografía

Gerardo Suter

Pablo Méndez Gómez: 16, 48, 49, 54, 59, 60, 66 y 68

Justin Kerr Angus: 70 y 71

Debrao: *Instituto of Arts* (año 59)

American Indian Museum (año 61)

Primer edición 1988.

• Gobierno del Estado de Tabasco /

Fondo de Cultura Económica, S. A. de C. V.

ISBN: 968-834-172-0

27244

C3266 *Campes, fields*

Bajo el signo de la Daban / Jurechi Campos

Yaláharuusa, Tab. Gob. del Est. de Tab. Instituto

de Cultura de Tabasco o Fondo de Cultura

Económica, 1988. 92 p. 7 fotos. mapas. (Publicaciones

Especiales del Gobierno del Estado de Tabasco)

1. *Comunidades de Tabasco - Vida social y costumbres*

2. *Indios de México - Tabasco / Ser. II, 1.*

Categoría en publicación: ICT. Dirección de
Bibliotecas.

ÍNDICE

Busco mi nombre

11

Bajo el signo de Ix Bolon

15

Mapa de localización

87

*Notas iconográficas**

88

Bibliografía

90

* Las fotografías anexadas remiten al lector a esta sección



A los Yoko yiniko'

*A los que no han abdicado de
la memoria*

*A Julio Bernardo, a quien no
llegué a conocer*

*A Auldárico Hernández Gerónimo
A Eutimio Hernández Román
A Fernando Hernández Isidro
chontales de Mazateupa y de Tucta,
por quienes supe de Ix Bolon*



BUSCO MI NOMBRE

*Busco mi nombre
que dice mucho
y me responde
la garganta de los cielos
con sus hijos truenos
con sus hijos vientos
con su espejo el mar*

*Busco mi nombre
que es de los muchos
y me responden
las raíces enterradas
con sus hijos los retoños
con sus venas-ríos
con su muro inalcanzable
el cielo...*

*Busco mi nombre
que es el retrato
de los Yoko yiniko
y el abuelo a horcajadas*

*me ha cargado
para bendecirme
con aguas del popal
ha puesto en mis manos
el machete con la tierra
para oír su voz entre la selva
para erguirme
como un pájuro
jamás domesticado
aunque sangren sus alas
pero con los pies
enterrados al lado de la ceiba*

*Busco mi nombre
gentes-piel de barro
y me responde
el sonar de los tambores
y el canto de los pájaros
atrapados
en nuestra flauta
de carrizo...*

Auldático Hernández Gerónimo



*Arde en Tabasco la vida
de tal suerte, que la muerte
vive por morir hendida,
de un gran hachazo de vida,
que da, sin querer, la suerte.*

Carlos Pellicer

Tabasco es obra del agua; delta de dos ríos que precipitan su caudal desde las alturas de la sierra, son sus tierras aluvión que muda de rostro sin tregua y, con su mudanza, marca la biografía de los hombres. Bajo el signo del agua transcurre aquí el tránsito entre nacimiento y muerte: torrentes que derraman las nubes grávidas, grises, eléctricas del verano denso de las tierras bajas, crecientes, avenidas de agua que sacan de cauce a los ríos para invadir los reductos del hombre. Naturaleza que abrasa y abraza en sol y agua que colman el espacio humano, haciendo sentir su envolvente dominio, su invasión implacable aun de aquellos ámbitos que los hombres rescatan para dejar su huella: para transitar de lo crudo a lo cocido, de la naturaleza a la cultura. Fue aquí sin embargo donde, hace más de tres milenios, el suelo incierto de los pantanos disimulados por manglares y por enjambres de jacinto y la sofocante floresta verde recibieron la impronta del espíritu y surgió, por primera vez en lo que mucho después se llamaría América, la convivencia civilizada y una visión del mundo articulada en mitos, en urbes ceremoniales y políticas, en símbolos de piedra, para asegurar el designio de trascender, con un proyecto cultural, la fatal tiranía del fuego y el agua, de la tierra y el viento. En la Costa del Golfo se prendió la chispa que propició el paso del estado de naturaleza al estado de cultura.

De dos milenios antes de nuestra era datan, según los arqueólogos, las más remotas aldeas de agricultores y pescadores mesoamericanos. En las tierras bajas, las aldeas y sus milpas abrieron claros en la frouda, que había que defender sin cesar de la invasión vegetal. Sin embargo fue allí, y no en las sabanas, sin huellas de sitios arqueológicos, donde surgieron los asentamientos humanos.

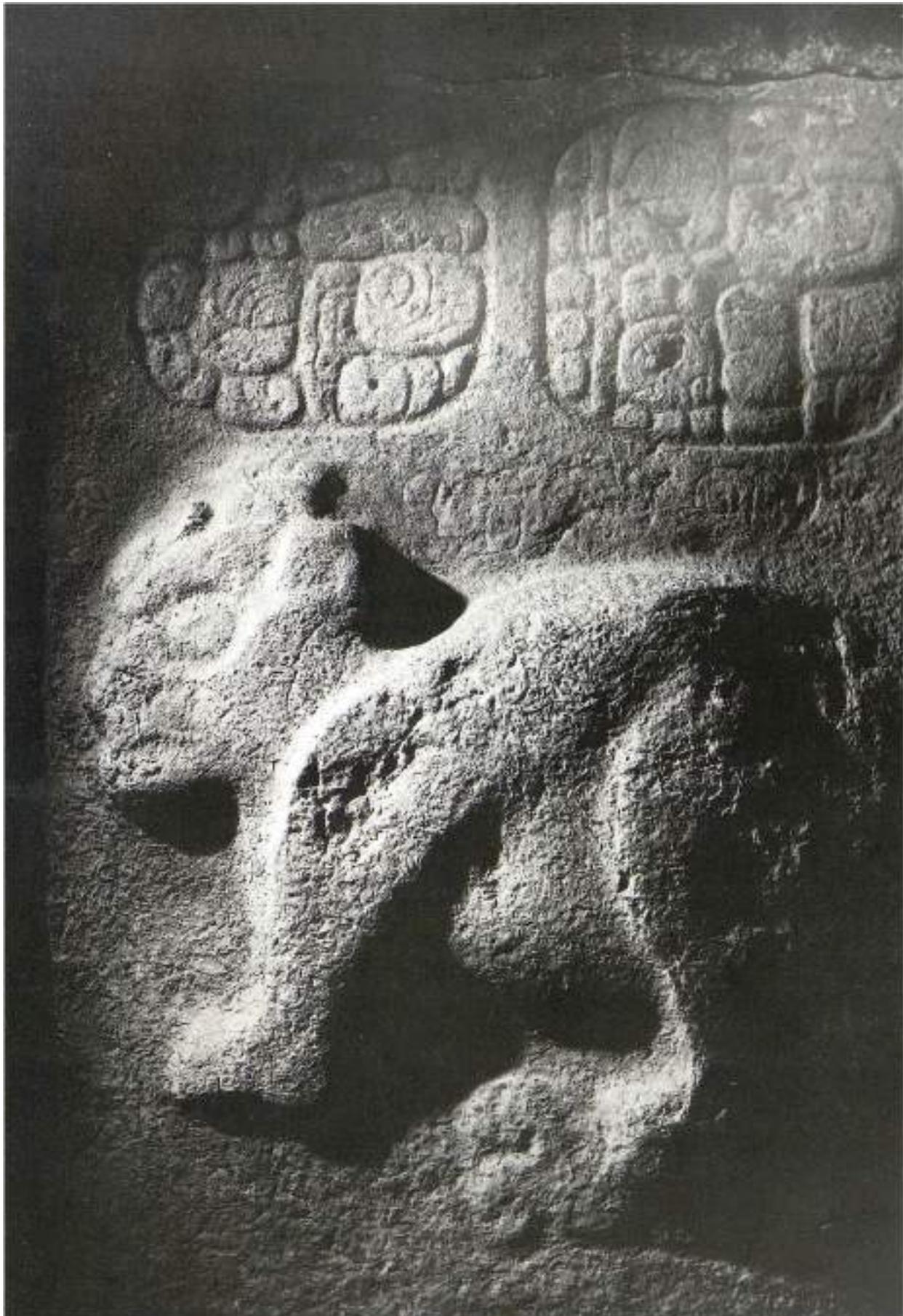
En el Sureste de lo que hoy es México se usaban ya la macana o bastón plantador, redes y nasas para pescar, troncos ahuecados para transitar el agua como los cayucos que todavía navegan los ríos de Tabasco, cestas, petates, cerámica, sonajas, flautas y pelotas, caracoles de mar. Sería arriesgado aventurar con exactitud hasta qué antigüedad se remontan las formas y facturas de los objetos que siguen elaborando, para uso doméstico o religioso, los indígenas de Nacajuca, Jonuta, Macuspana o Tenosique. Pero es evidente que su apariencia arcaica y la pureza de diseño vienen de muy lejos en la cuenta de los siglos. La choza de jahuacte o caña brava, con techo de huano, procede de no menos antiguo linaje sólo que antes, acaso, se habría usado barro para consolidar los setos y proteger mejor los interiores.

Los ancestros de los chontales de hoy son los putunes que, en el apogeo del

Clásico, hicieron Comalcalco, acaso después de haber construido Palenque. Así los conocían por habitar tierras de agua, que eso significa potom. Chontales para los nahuas que los tenían por extranjeros, putunes para los mayas de la península, desconocemos el nombre que entonces se daban a sí mismos. Hoy se dicen chontales siguiendo el uso español que copió el excluyente calificativo pero en yokot'an, que es su lengua, se nombran yoko yinik que quiere decir, hombre verdadero de estas tierras.

De estas tierras fueron, aun antes, los olmecas, primeros en asentar comunidades autosuficientes, cohesionadas por una solidaridad que se fundaba en lazos de parentesco. Tan legendarios habrían de volverse después aquellos jóvenes pioneros que descender de su linaje llegaría a ser igualmente prestigioso para los soberanos mayas que contar entre sus ancestros a los propios dioses. En la escueta cerámica de los chontales contemporáneos se han desvanecido los jaguares que campeaban en la iconografía olmeca. Pero un jaguar maya, de su casta, persiste en la memoria que se obstina en transmitirse de generación en generación. A la vez feroz y protector, como la tierra que en su ambivalente idiosincracia alimenta y protege a sus hijos e insiste en devorarlos, emerge acá y allá en la fantasía popular. Así en la dramatización de un relato de niños abandonados por el padre que pone en escena, en 1985, el Teatro Campesino,





vigilante benévolo que tutela, como madre amorosa, a los pequeños extraviados en la montaña rige, con su aceptación fatal, la muerte trágica que culmina la historia. Así, también, en ciertas criaturas fabulosas que, compartiendo la condición humana con la del murciélago y la del jaguar, se desplazan en vuelo sobre los poblados para ir al encuentro de la dueña del mar.



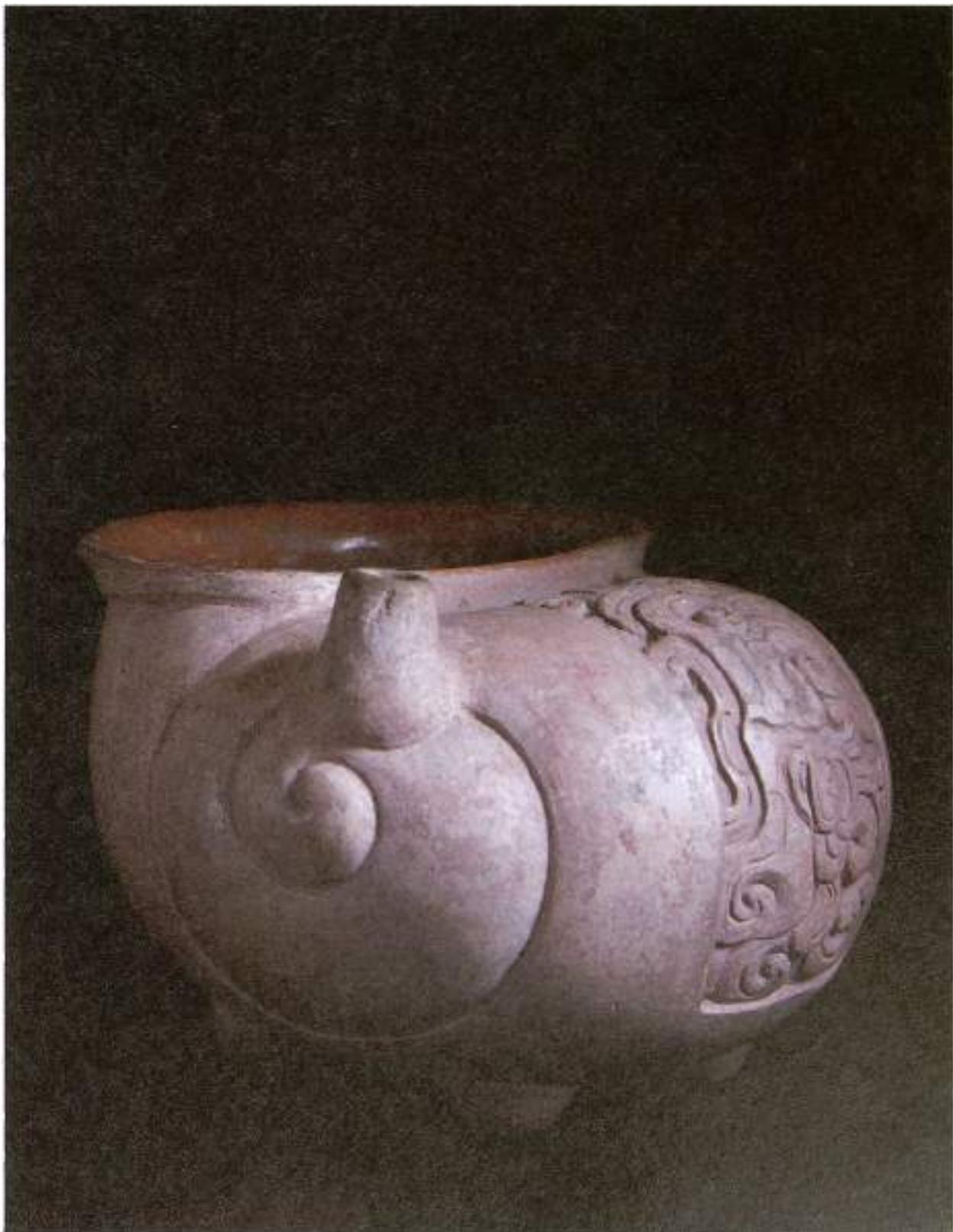
Son pocas las huellas del océano en la cultura tabasqueña de hoy. Tabasco miró hacia afuera antes de la Conquista y después dio la espalda al mar que había comunicado su hirviente espesura de manglares y de selvas, su fluvial archipiélago, con el mundo exterior. Ni el recuerdo conservan los actuales habitantes de Centla o Nacajuca del oficio de navegantes marinos que conocieron sus abuelos próximos, los que poblaban Anahuac Xicalango/Nonohual en las centurias que precedieron a la llegada de los conquistadores o sus mucho más remotos tatarabuelos olmecas, dueños de esta llanura costera desde tiempos paralelos a los del Rey Mino, los Atridas de Micenas o Elena de Troya. Y, no obstante, ahí están en la iglesia de Quintín Arauz esos barcos colgados del techo, ex-votos propiciados por fervores recientes, ofrecidos a la Virgen en agradecimiento por una pesca excepcionalmente abundante en el río o por algún osado que, habiéndose aventurado más allá de la barra de Frontera, escapó del naufragio en noche de norte o de huracán. Y el "encanto" de la laguna de San Pedro que cuenta don Segundo Magaña, igualmente de Quintín Arauz: "Dicen que cada Semana Santa sale ese barco en medio de la laguna. Cada seis viernes del día en que dicen que cierra la Gloria, entonces, al amanecer viernes, meru viernes, es cuando sale ese barco. Pero es un encanto que hay en esa laguna... Es un barco grandísimo, como se veía antiguamente, como ese barco que traía embarques de Frontera, de plátano. De esos barcos grandes, así de grande... Así me lo platicó un muchacho el año pasado. Cuando vio que estaba la iluminación de la laguna, pues sí, fue a ver la iluminación como fuego que alumbraba en la casa. Y vio que estaba atravesando el gran barco. Pero dice que no dilató mucho y desapareció, lo menos una hora tardó. Eso me contó que lo vio."

Comerciantes de estos territorios se aventuraron bordeando la costa, desde Potonchán hasta mucho más al sur de Yucatán, hacia lo que ahora se llama Honduras y aun más abajo. Los nahuas descendieron, entre cordilleras, a la llanura costera para acercar sus mercaderías al mundo maya: a los putunes de Tabasco y Acalán, señores del agua por derecho natural, tocó el comercio fluvial y marítimo. No era el comercio por entonces, sin embargo, una simple actividad profana. Los putunes eran comerciantes pero su ruta estaba jalonada por sitios de culto, donde practicaban ritos a Ek-Chuah, dios del Cacao, o escuchaban augurios y oráculos, como el santuario de la diosa de la Luna en Cozumel: en el Códice de Dresde se advierte la asociación entre el dios M e Ix-Chel. Su actividad no era exclusivamente económica, sino parte de una visión del mundo

donde todo tenía que ver con lo sagrado, y lo natural y lo sobrenatural no estaban divorciados sino, al contrario, se resignificaban mutuamente. Aquellos comerciantes veneraban a una diosa que tenía que ver con el arte de los tejidos pero también con la fertilidad, es decir, con la continuidad de la vida. El intercambio de productos naturales y de bienes elaborados por artesanos de tierras tejanas generaba riqueza y, al hacerlo, aseguraba la fluidez de impulsos creativos entre los espacios diversos de Mesoamérica. Los putunes cumplieron, en su momento, la función de transmisores de manifestaciones materiales y espirituales de cultura entre el Altiplano y las Tierras Bajas, las costas del Golfo y del Caribe y los territorios montañosos de donde descendían, hacia el mar, los grandes ríos. El territorio de Anahuac Xicalango, o Nonotual como lo conocían los mayas peninsulares, fue lugar de encuentro donde fraternizaron la lengua nahua y las varias lenguas mayenses y donde los símbolos y los mitos juntaron una vez más sus caudales, favoreciendo la integración de la cultura mesoamericana que, desde el Clásico, fue una compleja y vasta realidad; una trama plural y riquísima de etnas y singularidades que ciertos hilos conductores conjugaban en un diseño común.

Al desintegrarse el intercambio prehispánico, los motivos de las navegaciones cesaron y el mar empezó a ser, para los que habitaban la provincia de Iabasco, sinónimo de piratería, incursiones invasoras y peligros innumerables. El caracol, empleado hasta hace poco por los chontales del pantano para convocar a asamblea y enviar mensajes a larga distancia, ha sido de las últimas supervivencias de los tratos de la gente de estas latitudes con el turbulento mar océano. El mismo caracol que, relacionado con Quetzacoatl, abundó en ofrendas y representaciones en Xochicalco y Teotihuacan, aludiendo al agua, la lluvia, la fertilidad y el viento y, por supuesto, a Venus. El caracol que llegó al Altiplano, llevado por gente procedente de la Costa del Golfo, en los albores del Horizonte Clásico.

Pero antes, mucho antes, había germinado en este ámbito la cultura. Es notable que el bosque tropical húmedo y las llanuras costeras pantanosas hayan dado cabida a centros ceremoniales y políticos como los de Tres Zapotes, San Lorenzo e La Venta y que la cultura haya despertado antes en la selva caliente y densa de la Costa del Golfo que en templadas cuencas del Altiplano. Esos centros que surgieron cuando ya eran numerosas las pequeñas comunidades aldeanas, son testimonio de la decisión de los hombres de trascender el estado



natural y articular su sobrevivencia con la elaboración simbólica de una visión del mundo. El jaguar regia esa cosmovisión con el signo de la eterna renovación de la vida, que exigía sacrificios para asegurar la fertilidad perdurable de la tierra. El maíz se reproduce bajo el signo del jaguar. Toda la elaboración religiosa tendió a propiciar que la naturaleza de donde había surgido el hombre lo cobijara, en vez de devorarlo, en su regazo materno. Imbricada la selva a la historia de los hombres, tuvieron que encontrar una manera inteligente de volverla benefactora. Proporcionó entonces frutos y plantas comestibles, medicinales y textiles, maderas, palmas y bejucos para la vivienda. Hasta en la milpa quedó su huella: no fue, ni es, por aquí siembra exclusiva de maíz sino huerto mixto donde coexiste el maíz con el frijol, la calabaza, el camote, el chile, la yuca o el macal. Aprendieron los hombres a cohabitar con un entorno de doble signo donde la abundancia de los elementos, de no ser encauzada para sus propios fines, podía revertirse en su perjuicio. Surgió así una cultura del agua, que no desarrolló el cultivo acuático pero sí las artes de la pesca y una agricultura de roza, que tumbaba y quemaba montes para sembrar pero permitía luego la regeneración de la espesura porque la explotaba a largo plazo sin dejar que se agotara su reserva regeneradora. En Tabasco sólo se han encontrado huellas de camellones elevados, vestigios acaso de una agricultura intensiva practicada por los mayas, cerca del río San Pedro. Todo hace pensar, hasta ahora, que prevaleció el patrón de asentamiento a lo largo de elevaciones naturales en las riberas de los ríos. El ataque de malas hierbas y el drenaje pobre de los terrenos bajos no son propicios para el cultivo; los pobladores buscaban las partes altas, los bordos naturales, pero la protección no siempre quedaba garantizada porque todo tiende a inundarse cuando las lluvias son torrenciales.

En la selva, a pesar de que el sol apenas penetra la intrincada maraña vegetal, el calor agobia. Un vaho húmedo, casi animal, pesada respiración de la tierra, ocupa los escasos espacios vacíos y el cuerpo humano se humedece como el aire pegajoso, grávido de agua y de mosquitos. El sopor caliente pesa, se adhiere a la piel y tiende a obturar imaginación y reflexión. Ejércitos de hormigas arrieras se infiltran entre esteras de hojas que disimulan acaso la deslizante presencia de una nautyaca. Limitada ya a escasas aglomeraciones boscosas alrededor del Usumacinta, por el rumbo de Tenosique, y en la sierra de Tacotalpa ocupó en los primeros tiempos, cuando surgió aquí la civilización, vastas y abigarradas extensiones. En una de esas frondas apretadas, entre el río Tonalá y la costa del







Golfo, en un islote cercado por el pantano, despejaron los olmecas un espacio para sus cabezas monumentales, sus estelas, sus sobrenaturales que aludían a las acechanzas de la muerte y la esperanza de que la vida volviera a renacer. Sus adivinos y sus astrólogos miraron al cielo para mejor descifrar los enigmas de la tierra. Sus sacerdotes hicieron política y, a la vez, aseguraron mediante el rito la comunicación fluida entre el cielo, la tierra y sus profundidades para volver más habitable el espacio del hombre. Como representación visible de ese concilio habría que interpretar, me parece, el cordón que extrae del interior de la cueva en el Altar 4 de La Venta, un intermediario ritual, en el ejercicio de su función más trascendente: la de comunicar a los humanos con la sagrada energía del cosmos.

Sin más testimonio que las esculturas, las estelas, los altares y los relieves, son escasas las certidumbres sobre la simbología de las cabezas monumentales o de los seres sobrenaturales, con rasgos animales o mixtos, que pretendemos leer en la iconografía olmeca. ¿Cómo asegurar que el jaguar significa lluvia y fertilidad o si es tierra o lluvia la serpiente? Muchas creaturas fantásticas combinan rasgos humanos con rasgos animales y, en las más recientes hipótesis, surge la telúrica presencia de una divinidad femenina, híbrida de jaguar y de sapo, que sería la gran Diosa Madre, la Tierra, germinadora y proveedora del sustento pero, a la vez, devoradora de muertos.

Y es en el Monumento 19 de La Venta donde aparece, por vez primera, una imagen que habrá de tener larga vida en Mesoamérica: una serpiente erguida e inclinada hacia adelante, sin cerrar el círculo, que envuelve casi la figura de un hombre y ostenta plumas sobre las órbitas. Lo que reptaba o sale de la tierra y renuce con cada cambio de piel, en alianza con la lluvia que desciende del cielo, garantiza la sobrevivencia humana inscrita con el signo de lo sagrado en el orden del universo.

El propio jaguar, cuya piel salpicada de manchas aludiría entre los mayas al cielo estrellado, y cuyas fauces abiertas recuerdan al seno de la tierra que se traga a los hombres, contendría en su imagen a los opuestos. Del cielo desciende la lluvia, propiciadora de vida; la tierra, que reincorpora lo que ha estado vivo, vuelve a germinar, una y otra vez, sustento. Tanto el jaguar como la serpiente emplumada, conciliando cielo y tierra, el elemento masculino proveedor de lluvia y la matriz femenina que la recibe como fecundante semen, reúnen en un solo símbolo a los principios cuyo desencuentro significaría esterilidad y











muerte. De las entrañas de la tierra, sacralizada por su fecundidad inagotable, brota el maíz, sustento de la cultura. Cuando el maíz germina se trasciende la oposición última, la esencial, la que amenazaba con el triunfo de la muerte: la que se supera cada vez que la vida vuelve a reiniciar su ciclo.

Tan abrumadora era aquí la naturaleza que el hombre, para prevalecer, tuvo que dar el gran salto al universo de las formas simbólicas. Tuvo que concebir esculturas que desafiaran, en su aplastante monumentalidad, la avasalladora invasión del medio sobre los espacios que se esforzaba por domesticar. La creatividad olmeca se había ido extinguiendo en el Golfo dos o tres siglos antes de nuestra era, pero ya había irradiado hacia el Pacífico, hacia el Centro y hacia el Sur huellas religiosas, artísticas, cálculos del tiempo y acaso un código de escritura. La influencia de la Costa del Golfo llegó mucho más tarde a Teotihuacán, a través de Xochicalco. Olmecas que se habían extendido hasta Pánuco en el Preclásico habrían transmitido su herencia cultural a pobladores de aquella región de donde, ya en el Horizonte Clásico, emigró un pequeño grupo que llevó a Xochicalco conocimientos de la talla en piedra, de la astronomía, la numeración y la escritura. En Xochicalco cristalizó en la figura de Quetzalcóatl una noción cuyo origen más remoto puede rastreadse en la serpiente con garra de jaguar que expresó, para los olmecas aldeanos, el origen de la vida; y en la serpiente con plumas que los olmecas arqueológicos, en La Venta, representaron en la Estela 19.

En Tabasco, los olmecas se asentaron en el Usumacinta Medio cuando empezaron a abandonar La Venta: lo que hoy se llama Jonuta, Emiliano Zapata, Balancán y Tenosique recibió a los emigrantes de la más compleja concentración urbana creada hasta entonces, donde el espacio había sido emplazado de acuerdo con observaciones astronómicas, procurando que el lugar del hombre reprodujera la armonía del cosmos.

El esfuerzo de construir una civilización y de abrir ámbitos humanizados donde lo natural parecía omnipotente, volvió a darse varios siglos después del oscurecimiento de la cultura madre: los mayas florecieron en El Tiradero, El Arenal, Reforma y Santa Elena, en El Tortuguero, en Pomoná, en Jonuta, en Comalcalco. Hay en Tabasco, entre olmecas y mayas, más de mil quinientos sitios arqueológicos.

En Jonuta se creó entre los siglos VII y XI una espléndida cerámica del tipo "anaranjado fino". En Veracruz, en Oaxaca y en Centroamérica era apreciada



y adquirida: cajetes, platos y vasos, ollas, jarras y ánforas de factura exquisita, gracias a la calidad del barro y del modelado; estatuillas que retratan la vida humana y la animal y que, por su finura, nada desmerecen de las que en la misma época, se hacían en Jaina: se trata según Morley, del trabajo en barro más complejo y mejor realizado en la América Precolombina. Aquella cerámica fue, con el cacao, una de las exportaciones más importantes de Tabasco. Por dondequiera se divisa ahora ganado, disperso en la vasta sabana inundable de Jonuta. Pero en tiempo de los putunes cubrían esas tierras selvas espesas de maderas preciosas y, en las áreas más bajas, proliferaba el palo de tinte. Transitaron los mayas, al revés de los olmecas, de tierra adentro hacia el mar: sus primeros enclaves estuvieron río arriba y poco a poco se fueron aproximando al Golfo.

En Comalcalco, como en Jonuta y en otros sitios, se coció ladrillo para levantar pirámides. Incisas, pintadas, con relieve en pastillaje, no fueron decorados con propósito ornamental: rayas, figuras geométricas, puntos o líneas punteadas, grecas, paralelas sinuosas que asemejan ríos, trazos incompletos de tocados sacerdotales; pies, manos, entrelaces, cruces, glifos, plumas, caracoles, cresterías de templos, edificios, junto a venados, lagartos, monos, ranas, tortugas, guacamayas y mascarones, calaveras danzantes, abanicos, rostros y cuerpos logrados con unos cuantos trazos como en la pintura rupestre o en una tela de Paul Klee, o perfilados con la más minuciosa destreza figurativa en finísimos retratos realistas. Los ladrillos de Comalcalco sorprenden y abren una interrogación que todavía no encuentra respuesta. ¿Se trata de una especie de graffiti que los operarios habrían dejado en el barro fresco? En su inmensa variedad — son más de cuatro mil los que han sido encontrados — asoma un inmenso inventario involuntario, en versión popular, del mundo chontal. Parecerían la huella de muchísimos gestos lúdicos que habrían dejado en el barro recién cocido el testimonio de una necesidad de expresión gratuita, gastada en el puro deleite del trazo.

El parentesco con Palenque se da en la coincidencia de semejanzas arquitectónicas y escultóricas, especialmente el uso del estuco, aunque se distingue el de Comalcalco por un ingrediente propio: la concha de ostión. Como en Palenque, hay una tumba en el conjunto ceremonial, con nueve personajes que podrían identificarse como los Bolóntikí. Nueve Señores de la Noche o del Inframundo. Palenque habría sido, según hipótesis recientes, la más egregia urbe creada por los putunes.





El asentamiento en Comalcalco tuvo razones muy válidas: los pobladores aprovecharon los bordos naturales, los suelos fértiles y bien drenados de las márgenes de un cauce antiguo del Mezcalapa, el ahora Río Seco. Hay huellas de muy antiguos ocupantes, que lo habitaron cuando los olmecas brillaban en La Venta: cerámica de esa procedencia, mezclada con otra de factura local, es el testimonio de aquellos remotos contactos. No aparece ya en el mapa de Melchor



Alfaro de Santa Cruz, que consigna treinta y tres pueblos de la Chontalpa, en 1579. Nada se conoce de su historia, de su apogeo, que duró cerca de cuatro siglos, entre el IX y el XIII de nuestra Era, ni de su decadencia. Hacía mucho que había desaparecido cuando penetraron los conquistadores la región de los

chontales. Un emporio comercial se prodigaba entonces, entre el Golfo y el Caribe, en medio de la autonomía política de numerosos señoríos que se dividían lo que ahora es territorio de Tabasco, Campeche y Yucatán. Una sola lengua, con variantes — chontal, chol, chorti — se hablaba en aquella vasta región y no difería tanto del maya yucateco como para afectar la comunicación.

La cultura nahua, infiltrada en Tabasco, estaba presente con mucha evidencia en ocho pueblos de esa lengua, en los nombres de la mayoría de los poblados chontales y en múltiples costumbres y creencias. Tabasco fue encrucijada entre mexicas y mayas: allí confluyeron los productos, los símbolos y los dioses del Altiplano con los de las tierras bajas del Golfo y del Caribe. Pero sería simplista reducir a un solo contacto la complejísima red que vinculó a Mesoamérica a lo largo del Clásico y el Posclásico, desde la migración de Pánuco. Las noticias que se conservan, partiendo del Códice Florentino, de Sahagún y sus informantes, hablan de una secuela de migraciones a lo largo de muchos siglos, antes y después de Tamoanchán/Xochicalco, lugar del pájaro serpiente, de donde habrían salido toltecas-lupularios en dos direcciones, hacia Teotihuacan para dar a luz al Quinto Sol, la nueva humanidad, y hacia Cholula y la Costa del Golfo donde se les llamaría olmeca uixtolin, o nonoalcas-xicalancas. Sahagún advierte: "Y son muy ricos porque sus tierras son muy ricas, fértiles y abundosas... allí se da mucho cacao... dase también allí el ulli, que es una goma negra de un árbol que se llama ulli... También se trae de allá las piedras muy ricas de Chalchihuites y las piedras turquesas; allí se halla también mucho oro y plata... por lo cual la llamaron los antiguos Tlalocan, que quiere decir tierra de riquezas y paraíso terrenal." La descripción se refiere, seguramente, al sur de Veracruz y Tabasco que, aunque carecía de metales y piedras preciosas, los recibía de las tierras altas para hacerlos transformar por sus artifices en máscaras, escudos y alhajas que deslumbraron a los españoles.

Fue a través de estas tierras — Tabasco y Campeche — como llegaron a Yucatán los xixes y los itzaes, llevando consigo el culto de Quetzalcóatl. Del Chilam Balam de Mamí y del obispo Landa vienen los testimonios: "...desde que salieron de su casa en Nonoual, donde estaban los cuatro Tutul Xiu, de Zuivá, en el oeste..." Así consta la llegada desde Zuyuá o Zuivá, entre Veracruz y la Laguna de Términos, de los "preciosos pájaros azules" que se habían mezclado con nahuas antiguos y chontales que allí habitaban y partieron luego, hablando ya maya-chontal, hacia Uxmal, donde se establecen entre 900 y 1000 de nuestra





19



20



21





Era. Los itzaes, que habían dominado Chichén con anterioridad y la habían abandonado para establecerse en Chakanputún, volvieron a asentarse por la misma época en la urbe que habría de conocerse desde entonces como "la boca del pozo de los brujos del agua": Chichén Itzá. Es probable que, integradas como los xiues con putunes y otros pobladores de la región costera, también los itzaes hablaran maya-chontal. Fue así como Chichén Itzá se volvió la ciudad de Quetzalcoatl que, habiendo salido de la Costa del Golfo en tiempos remotísimos — cuando los primeros olmecas aldeanos concibieron aquel dragón celeste con rasgos de jaguar y de serpiente que fue su más arcaica representación — volvió al Golfo ya dotado de todos los atributos de su investidura definitiva.

Potonchán y Xicalango, los puertos de Tabasco a la llegada de los españoles, eran centros urbanos de mucha prosperidad, donde se alzaban pirámides de ladrillo rodeadas de profusas plantaciones de cacao que se volvía oro, turquesas, topacios y jade. Cubierto de selva y de agua, densamente poblado, el territorio era navegable en toda su extensión: ha quedado el testimonio de Cortés en su viaje a las Hibueras. Salvo en los poblados zoque de la sierra, demasiado frescos, en toda la región crecía el cacao, la gran fuente de riqueza. De la sierra, bajaban otros productos alimenticios, que los prósperos plantadores de cacao no tenían tiempo de cultivar. De caracolillo se hacían los cayucos, cuya elaboración era industria esencial para instrumentar la otra ocupación de los putunes, el comercio. De Yucatán llegaban telas de algodón, que no se producía en Tabasco, y toda la sal y la miel que fuera requerida. De la sierra, del alto Usumacinta y de Tixchel venían los metates. Del Alliplano, artículos de oro, cobre y obsidiana y hacia allá salían el jade y el carey labrados, las plumas y las pieles de jaguar. Con pieles de jaguar y de venada se adornaban los guerreros que, además usaban cascos y escudos decorados con hoja de oro y plumas multicolores. Kukulcán llegó a ser, probablemente, el dios de la clase dominante contando entre sus funciones, acaso, la de proteger a los comerciantes. Las prácticas religiosas incluían el sacrificio de animales y de cautivos y la donación de la propia sangre.

En Potonchán, "serpiente que habita el pantano", tres pirámides rodeaban una plaza en medio de la cual se levantaba una gran ceiba. Esa ceiba repetía el mito de la antigua cosmogonía maya: a través de su vigoroso tronco, casi carnal, plantado en el centro del mundo, circulaba la savia de la vida, idéntica a la sangre que los dioses habían vertido para crear a los hombres y que los reyes





vertían en los rituales de acceso al poder, a lo largo y lo ancho del mundo maya, para asegurar el orden cósmico y la ininterrumpida regeneración. La presencia del Árbol del Mundo garantizaba la continuidad del contacto entre lo de arriba y lo de abajo, entre cielo y tierra, entre lo masculino y lo femenino: la perduración de lo viviente.

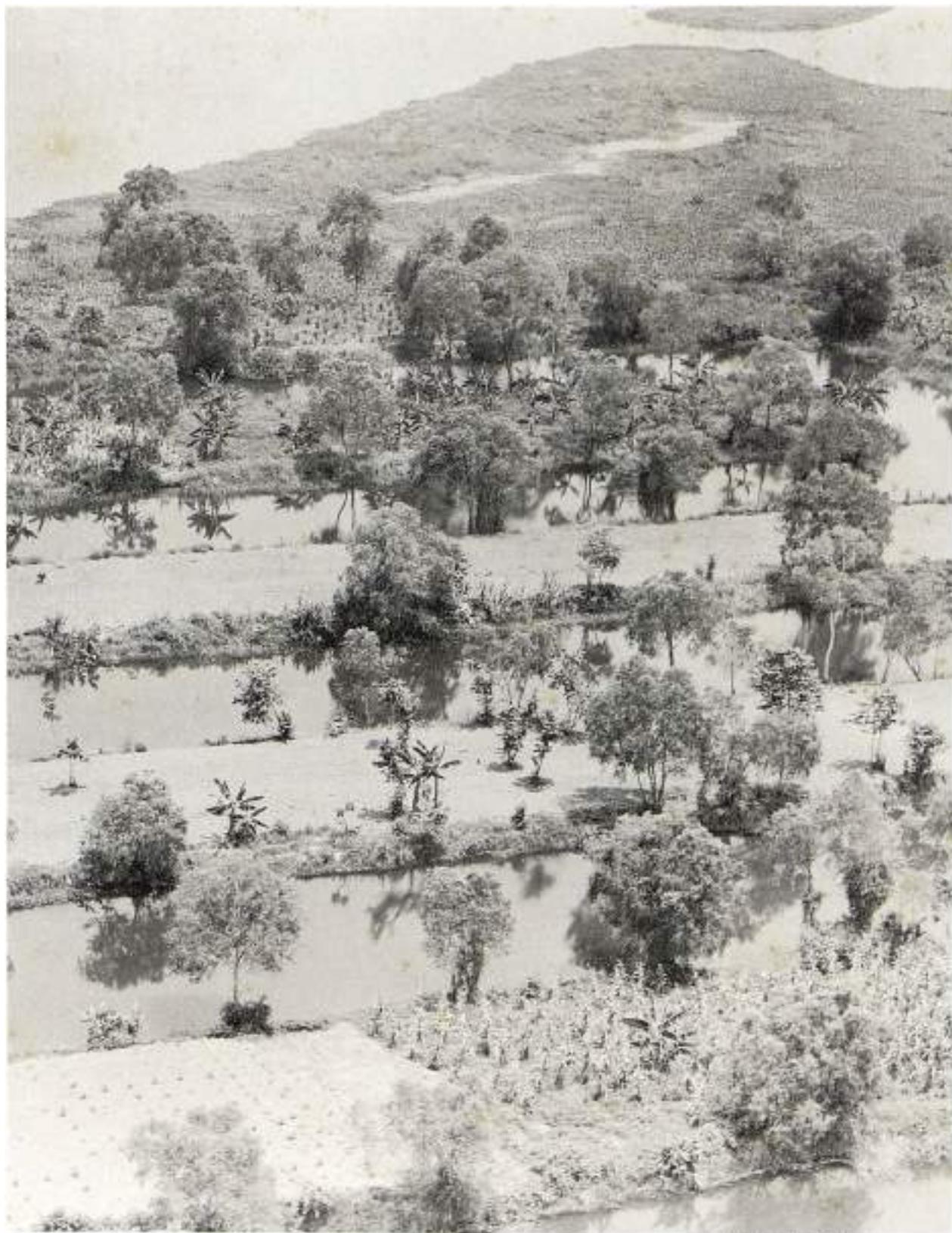
Los chontales habitan hoy las tierras más bajas y pantanosas de Tabasco. Han olvidado el cultivo del cacao, que permitió al cacique de Potonchán regalar a Cortés máscaras de turquesa y jade, tocados, zarcillos, collares y animalillos de oro. Su vida es una batalla cotidiana con el agua, a la que deben ganarle día a día el derecho a cultivar lo que necesitan para subsistir. Hay que rescatar tierra del pantano para acumularla en camellones cultivables o levantar, con bordos, islas artificiales donde antes el agua se tragaba vorazmente a la tierra. Si llueve mucho sólo habrá dos cosechas de maíz; si no, habrá tres. La creciente de los ríos echa a perder el frijol. "Si no hay lluvia no haces nada" pero "cuando es mucha lluvia, los terrenos donde sembramos son muy planos y se inundan fácilmente." Siguen usando la macana para sembrar y practican, donde se puede, la agricultura de roza. Sus cultivos básicos tampoco han variado: aparte de maíz y frijol, yuca, calabaza, chayote, chile y chaya. La Luna, "nuestra madre", tiene que ver con todo: con el parto, con el maíz, con la pesca, con la hechura de cerámica. Se siembra en luna llena para que se den grandes las mazorcas. El plátano, la calabaza y la yuca se siembran en menguante. La luna llena rige el corte de los árboles y la pesca. El barro de la luna tierna se quebra al cocerse y la quenta de las piezas debe hacerse en su plenitud. Hay que fijarse en los movimientos de esa mudable creatura femenina porque en alguno de sus tránsitos dan a luz las mujeres: es más segura la llegada del niño que coincide con la llena.

Los chontales suponen que la baba del pejetagarto atrae el rayo y por eso lo cubren en el cayuco con una yagua, para que no los persiga la tormenta. Hay cuatro Aj Chawaki con pantalones de mecate y capas rojo escarlata que, al ser sacudidas, producen el relámpago: son los truenos cuyo nombre en yokot'an recuerda a los Chac yucatecos, dioses de la lluvia que también son cuatro. En Vicente Guerrero los "hijos del trueno", que siempre visten de rojo, se llaman Mekawuas. Si el tecolote grita hay peligro de perder un ojo. Cuando el cultivo está listo hay que dar gracias a la Santa Patrona, que ayuda sin pedir nada a cambio. Pero también están: "los dueños del monte que son los segundos dioses









de la tierra": protegen los dones de la naturaleza y hay que hacerles ofrendas para que compartan esos dones con los hombres. En una jícara, en el centro de la milpa, con cuchara de palo de pimienta, se coloca el pozol y en un cajete de barro los tamales, pero la costumbre va desapareciendo y el culto de los señores de la tierra se ha ido reduciendo a las curaciones. Hasta hace algunas décadas persistían hermandades de agricultores o pescadores que ofrecían banquetes y fiestas, con danza y tinkul, para propiciar los dones naturales. La relación con la tierra y el agua y los frutos de una y de otra estaba, hasta hace muy poco, sacralizada.

Los chontales que tienen acceso a río o laguna pescan robalo, pejelagarto y mojarra, pigua, juiba, camarón. De la tierra y el agua obtienen apenas lo necesario para el consumo y los escasos excedentes se venden en la ciudad. Siguen techando sus casas con huano, cada vez más escaso, y prefieren sustituirlo por asbesto o lámina. Tejen petate y cestos de bayil, pulen el barro con conchas de río, ahuecan troncos para cayucos y beben en el fruto del jícaro, seco y a veces ahumado, el pozol de masa y cacao, costumbres que han persistido a través de los siglos. Las mujeres guisan, cuidan huerto y animales familiares y, a veces, contribuyen a obtener algún dinero en efectivo tejiendo petates. No participan en la construcción de vivienda ni en las labores agrícolas aunque, en algunos poblados de Centla, se conserva una costumbre arcaica: suelen recoger, al término de cada ciclo, la cosecha de maíz como en algunas culturas antiguas que les reservaba esa función por atribuirles el don de propiciar, por el vínculo de su fertilidad con la influencia de la luna, el crecimiento de las plantas.

¿Qué se conserva de la grandeza del pasado en esta tierra que germinó cabezas monumentales entre milpas y pirámides de ladrillo cocido entre plantaciones de cacao? Nada se aproxima a aquella magnificencia: unos cuantos cestos, algunas jícaras, máscaras con cabello de jolocín, cucharitas y espátulas para usos medicinales y religiosos, cajetes ceremoniales, apastes y recipientes de barro de tres o cuatro diseños para usos utilitarios, tambores y flautas, casas de jahuacte y huano, costumbres, memoria resguardada por los más ancianos.

En esa memoria se inscribe la Luna, espejo de frescura y humedad, blanca navegante de la noche. En el centro de la memoria chontal sigue brillando la Luna. Casi todo ha sido olvidado, pero Ella sobrevive. Se fueron desgajando en la errancia de los siglos jirones de historia, linajes, oficios, señales de los trabajos y los días. Persiste, alumbrando los resquicios del olvido, el resplandor de la

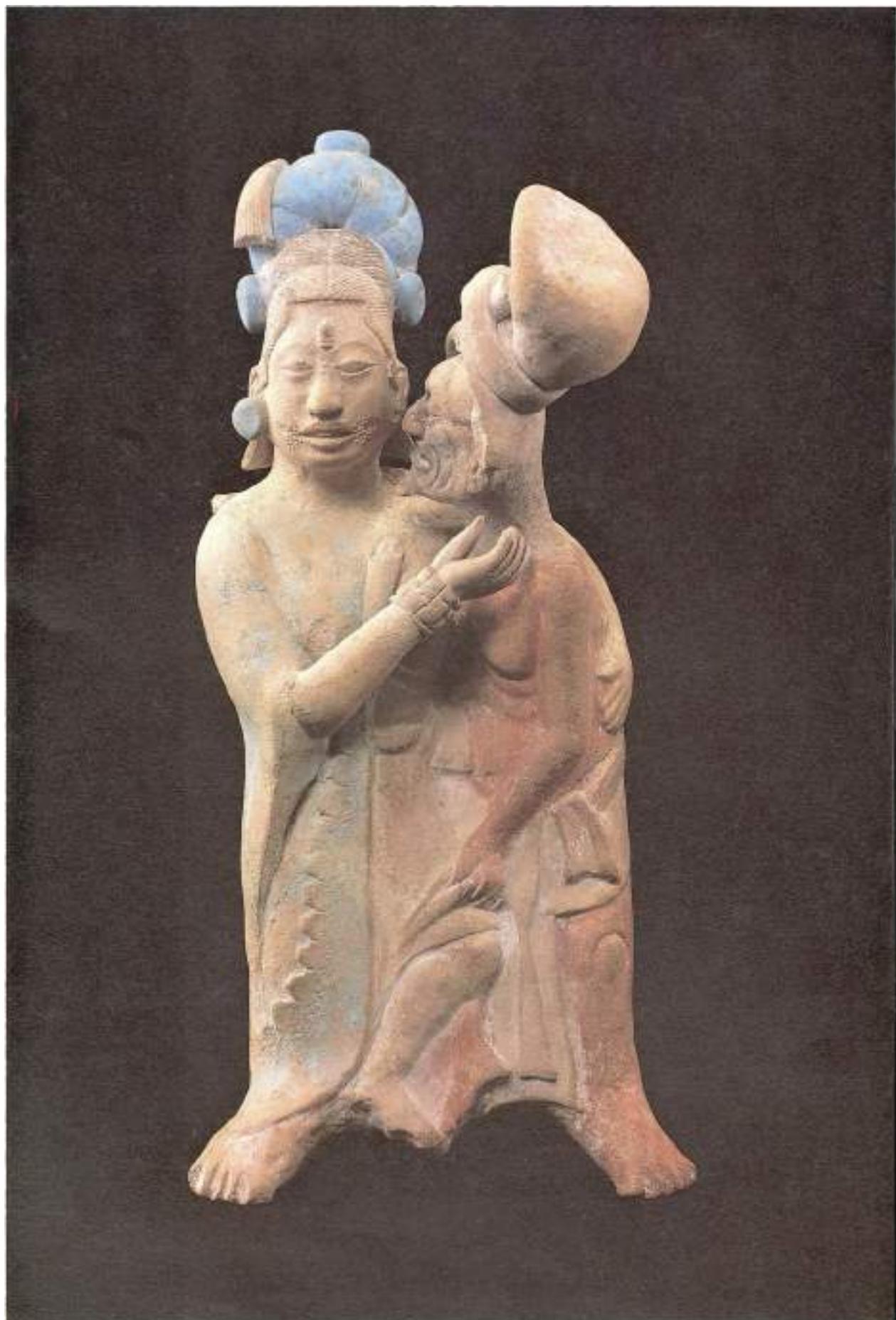


gemela y esposa del Sol: el otro rostro de la dualidad que rige el Universo.

La simbología de la Luna, como signo del devenir cíclico del cosmos, ha sido semillero de mitos de muy diverso origen en el mundo entero. Agua, lluvia, vegetación y fertilidad son sus atributos. Siendo el cambio y la renovación esencias de su múltiple idiosincrasia, nunca su muerte es irrevocable. Allí donde el fuego del Sol es abrasador y puede condenar a la sequía, la plateada frialdad de la Luna acuna los sueños de los hombres. En su advocación se depositan los deseos más profundos, que son los más elementales: preservarse de la muerte y asegurar la descendencia sobre la Tierra. La Luna es y ha sido, en muchas culturas, el espejo de lo imaginario. En el imaginario de los chontales representa el irrenunciable deseo de sobrevivencia.

En luna llena, es visible la sombra de una mujer que permanece agachada, tejiendo. Está ahí, asegura un chontal de Centla, para que los hombres "le vean la cara", como castigo por haber insistido en desobedecer a Dios y tejer en día domingo. Acaso esa transgresión sea metafórica y de otra naturaleza el pecado cometido: Itoiana era, en sus costumbres, la divinidad lunar de los antiguos mayas. Porque esta luna casi doméstica, accesible cada noche y que interviene en tantos aspectos de la vida cotidiana, comparte atributos que fueron en otro tiempo los de una diosa: Ix Chel, venerada por los putunes que a su paso por Cozumel le rendían culto y escuchaban sus oráculos, siendo la facultad para emitirlos un preciado y remoto privilegio de quienes oficiaban en el culto de la diosa blanca en remotas civilizaciones de diversas latitudes. En Yucatán los sacerdotes, en la fiesta de las deidades de la medicina, abrían estuches donde guardaban idolillos de Ix Chel y piedras de adivinación.

Ix Chel fue, para los mayas peninsulares, diosa del parto y la fertilidad, de las curaciones, de los amores ilícitos y del tejido. En lo que ahora llamamos Campeche y que antes de la Conquista fue Acalán, tierra de canoas, uno de los centros urbanos más importantes —Tixchel— era sin duda "el lugar de la diosa de la Luna" y en Anahuac-Xicalango/Nonoual dos sitios la evocaban: Ciuatopan, "palacio de la mujer", poblado del Usumacinta donde seguramente se le rendía culto y los Ciuataques que, en el centro de este territorio, recibían su nombre, "lugar de la mujer", por una vinculación semejante. No sabemos si por aquí le daban entonces el mismo u otro nombre. Pero la reconocen en Ix Bolon que, según relatos recogidos en Tuxtla y Mazateupa, descendía de las alturas para bañarse en aguas de Tabasco.







Era joven entonces, cuando habitó entre los chontales y dejó, como huella de su paso, un peine de oro. Un brujo se lo apropia, quizá para arrebatarse su poder. Cuando Ix Bolon vuelve a aquellas aguas, se retira llena de enojo y se dirige hacia el mar donde, ya envejecida, habita todavía. Su enojo y su ausencia propician el infortunio de los chontales: la llegada de los conquistadores, enfermedades, epidemias y decadencia.

La historia de Ix Bolon tiene secuela: en Vicente Guerrero afirman que "Doña Bolon" es la dueña de los mares, donde habita en una casa de chapopote, es decir, de petróleo. Porque todas las cosas, sin excluir el aceite negro, tienen su espíritu. Hasta su morada en el centro del mar acuden a visitar a "la abuela Bolon" los Aj Zutz' Balam — hombres-murciélago-jaguar — que vuelan desde la sierra portando oro para obsequiarle y celebrar con ella una gran fiesta. Los ancianos saben cuándo sobrevuelan los poblados esos seres que comparten, en su condición, lo humano y lo sobrenatural. Cuando esos "sabios" o "brujos" que tienen la ciencia de volar hacen sus viajes nocturnos se escucha un silbido que augura buenas cosechas. Mientras vuelan boca arriba prevalece su función benéfica. Si se voltean y reconocen en un aroma de chicozapote la presencia de algún hombre, bajan para devorarlo.

Si se piensa en los atributos de murciélago y jaguar como seres naturales, ambos tienen que ver con la oscuridad. El primero habita en las cuevas, llenas de humedad, se orienta en las tinieblas y sale de noche a volar. La imagen poética del tigre que brilla en medio de la noche tiene que ver con su hábito felino de depredador nocturno. Hay evidencias de que las manchas de su piel fueron asociadas por los mayas con el cielo estrellado. Sería lógico, aun fuera de cualquier contexto religioso, que dos símbolos de la noche se vincularan a la naturaleza nocturna de la Luna.

Pero la cercanía del murciélago y del jaguar con Ix Bolon conduce a otras riquísimas asociaciones. En las cuevas habitaban los dioses del Inframundo, sobre todo los que regían la lluvia y la fertilidad. Lugar de transición entre día y noche, vida y muerte, representan las fauces abiertas de la Tierra. El hallazgo de la enorme cueva de Naj Tunich, entre Guatemala y Belice, demuestra la vinculación de las cuevas con ritos de fertilidad. Los indígenas de aquella región siguen creyendo que en su interior habita el dios del Maíz e insisten en llevarle ofrendas: a lo largo de un milenio las depositaron sus ancestros en los tres estanques interiores. Las pinturas de las paredes repiten la escena de la sangría



ritual en torno a la imagen de una pareja copulando: es lógico suponer que se trata de representar el acto mítico de la primera cópula, atribuida por los mayas a la diosa de la Luna.

En el Códice Borbónico, un sacerdote con disfraz de murciélago oficia en ceremonias dedicadas a Tlazoltéotl-Toci, — esposa de Mictlantecutli, señor del Inframundo —, diosa de la Luna y de la Tierra. Venerada por los adivinos era Tlazoltéotl, entre los mexicanos, divinidad del pecado, de las curaciones y del tejido. Pero también regía la fertilidad: presidía los partos y había engendrado a Centéotl, dios del Maíz. La llamaban “nuestra abuela” y Sahagún se lamenta de que los indígenas, después de la Conquista, la confundieran con Santa Ana, madre de la Virgen María y abuela de Jesús. Figurillas de ancianas que podrían representar a la diosa Madre-Tierra/o Luna en menguante, proveedora de sustento y a la vez devoradora de los muertos, han sido encontradas por igual en San Lorenzo, en La Venta, en Tlatilco, en Iaina.

Uno de los héroes gemelos del Popol Vuh, relacionado con el dios del Maíz, aparece en los códices ostentando en el cuerpo fragmentos de piel de jaguar. Linda Schele lee ese glifo como Balam o Bolon, “la palabra casi homófona que designa al número nueve”. Hay que advertir que la relación del murciélago con el maíz es muy clara entre los zapotecas. Una urna con efigie de murciélago lleva, como orejeras, mazorcas de maíz. Un dios murciélago se repite en máscaras de jade, relieves de templos, vasos y ollas en Monte Albán. El dios 5 Flor lleva al murciélago en su tocado pero también se encuentran sus rasgos en la diosa 2], que usa un tocado en forma de abanico plegado, como suele encontrarse en los dioses de la vegetación y del agua entre los mexicanos. Pero hay algo más: en varios sitios de Oaxaca se han encontrado grandes braseros o sahumerios que ostentan cabezas y garras de murciélago o de tigre, a veces claramente distinguibles pero en ocasiones con rasgos que se mezclan y se confunden, de modo que resulta imposible determinar cuál está representado. Volviendo a Monte Albán: allí el dios murciélago se muestra casi siempre muy antropomorfo y puede tener cuerpo de cuadrúpedo. Mientras una interpretación identifica a los Héroes Gemelos con Venus y el Sol, otra los concibe como los dueños, respectivamente, del Sol y de la Luna.

En la sierra de Tabasco, vecina con el Noroeste de Chiapas, habitaban cuando llegaron los españoles grupos zoques, emparentados por lengua y origen con los mixes de Oaxaca. Los tzotziles de Chiapas, también vecinos, llevan al murcié

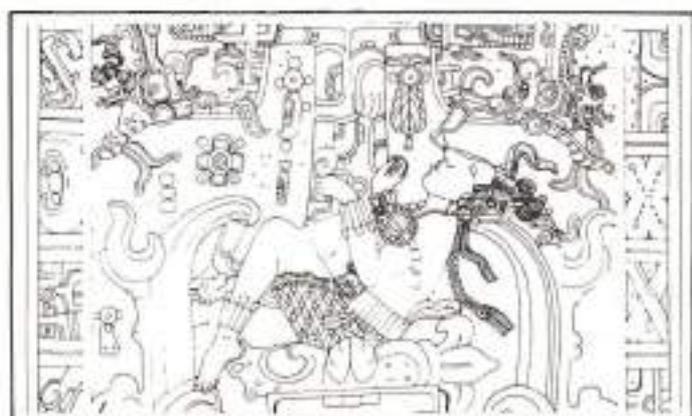
lago en el nombre de su etnia. No es difícil suponer que de Oaxaca y/o Chiapas hayan llegado a la sierra de Tabasco los hombres-murciélago-jaguar que, en el imaginario de los chontales, descienden todavía hoy de las montañas hacia el mar para reunirse con Ix Bolon. En una urna encontrada en Ixtapangoya, en los límites entre Teapa y Chiapas, aparece un personaje de pie sobre una cabeza de jaguar que alude a la entrada al interior de la Tierra: sobre la cabeza del personaje se despliega un tocado de murciélago.

En I'ucta cuentan que el Aj'Zutz'Balám es un hombre como nosotros, sólo que quiso aprender a volar. Ya otros lo habían logrado antes que él, gracias a un hueso mágico que soplaban como una flauta y que los elevaba a las alturas. Pero no cualquiera sabe soplar el hueso que permite subir. Aquel hombre que lo intentó sin haber pasado por la prueba y el aprendizaje requeridos, se rompió todos los huesos en la aventura fallida. Entonces, los que ya eran murciélago-jaguar lo curaron y le dejaron como obsequio y advertencia el hígado de una persona: él mismo tendría que perder al hermano más querido si aspiraba a volar. Aprender a volar podría ser una metáfora del acceso a un saber superior, semejante al que han adquirido los brujos. Hacer de un simple hueso un instrumento musical con poderes mágicos equivale a descubrir en lo material la llave de lo sobrenatural, la llave del espíritu.

La vinculación del hueso con una trascendencia que desborda su materialidad puede ir más lejos: en la lápida del sarcófago de Pacal en Palenque se advierte un hueso adherido a la nariz. Se ha llamado la atención sobre la identidad, en lengua maya, entre "hueso" y "semilla grande": en el hueso estaría nada menos que la "gran semilla", la semilla de la resurrección. Valdría la pena recordar que la presencia de figurillas representativas de Ix Chel en las tumbas se interpreta como la garantía que se le proporcionaba, al que moría, de un futuro renacimiento.

La familiaridad de la Luna con el agua, expresada en los conjuros destinados a la Señora del Mar y del Fondo del Cenote en el Ritual de los Bacabs, se refleja en las ofrendas depositadas por los mayas en los depósitos acuáticos. Ix Chel, como Ix Bolon, se asocia al agua. Itzamná, su esposo, enviaba la lluvia y en el Códice de Dresde aparece ella en su manifestación de Ix Chebel Yax, anciana y desdentada, derramando agua sobre el mundo para inundarlo.

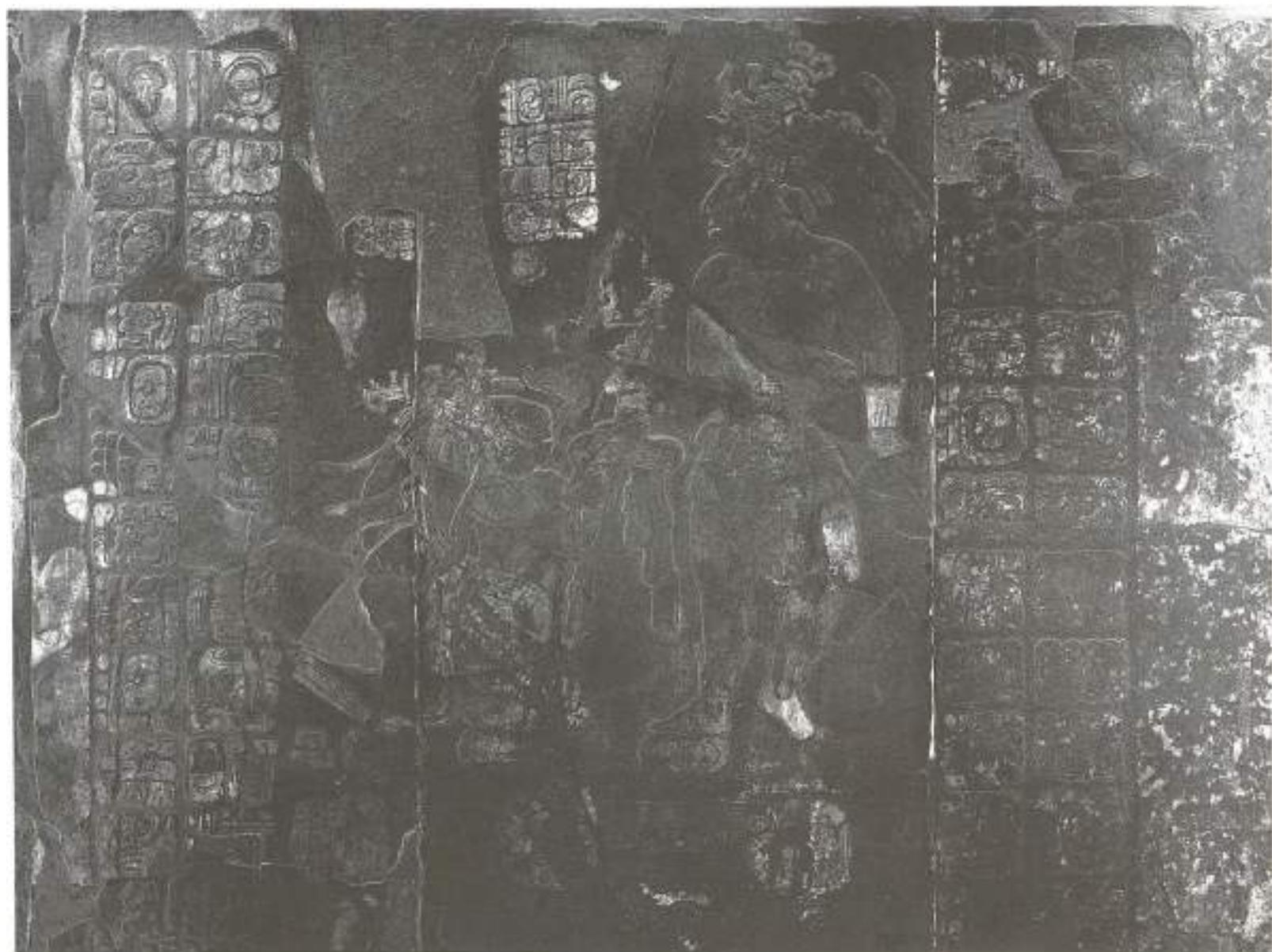
La Luna ha sido desde tiempos remotísimos, en múltiples culturas, símbolo del principio femenino. En tierras calientes donde solía considerarse hostil al Sol



por su rigor quemante era la Luna, con su húmeda luz, la propiciadora de fertilidad, tanto de la tierra como de las mujeres. La analogía entre mujer y Luna viene, seguramente, de una correspondencia entre el ciclo menstrual femenino y las fases lunares. El vientre hinchado durante la gestación se compararía con la luna llena, y no es improbable que la presencia de un conejo en la luna tenga que ver con la fertilidad abundante de esos animales. Vinculada en algunos sitios con el inframundo y las fuerzas ctónicas, suele asociarse con la serpiente que, por su cambio de piel, simbolizaría la resurrección.

Coincide, en antiguos mitos, la historia de una diosa lunar cuyo hijo, dios de la vegetación, debe sacrificarse periódicamente para volver a nacer. Entre los nahuas tanto a Tlazoltéotl, la anciana, como a Xochiquetzal, la joven, se les atribuye la maternidad del dios del Maíz. Identificada con la Tierra y la Naturaleza en su ambivalencia benevolente-destructora, solía ser la Luna una y la misma con la Magna Mater, origen de toda vida, donadora de fertilidad y de muerte, sobre todo a través de inundaciones, lo que equivale a sugerir que un exceso de sus dones podía ser fatal para los hombres. Tlazoltéotl era diosa de la Tierra y podía producir terremotos; de la florida Xochiquetzal, su versión juvenil, sólo se recibían los dones prolíficos de la fecundidad: una y otra correspondían a la Luna en su menguante y ocultación en las tinieblas y en su creciente y radiante plenitud. A esa dualidad alude Clavijero cuando describe una diosa de la Luna con doble rostro: uno blanco y otro negro. Entre los mayas, Ix Chel e Ix Chebel Yax, en su dual idiosincracia, suelen aparecer acompañadas del glifo Caban, alusivo a la Tierra. Su identificación con la Naturaleza parece, pues, evidente. Como evidente resulta la condición lunar de Ix Bolon, su versión chontal.

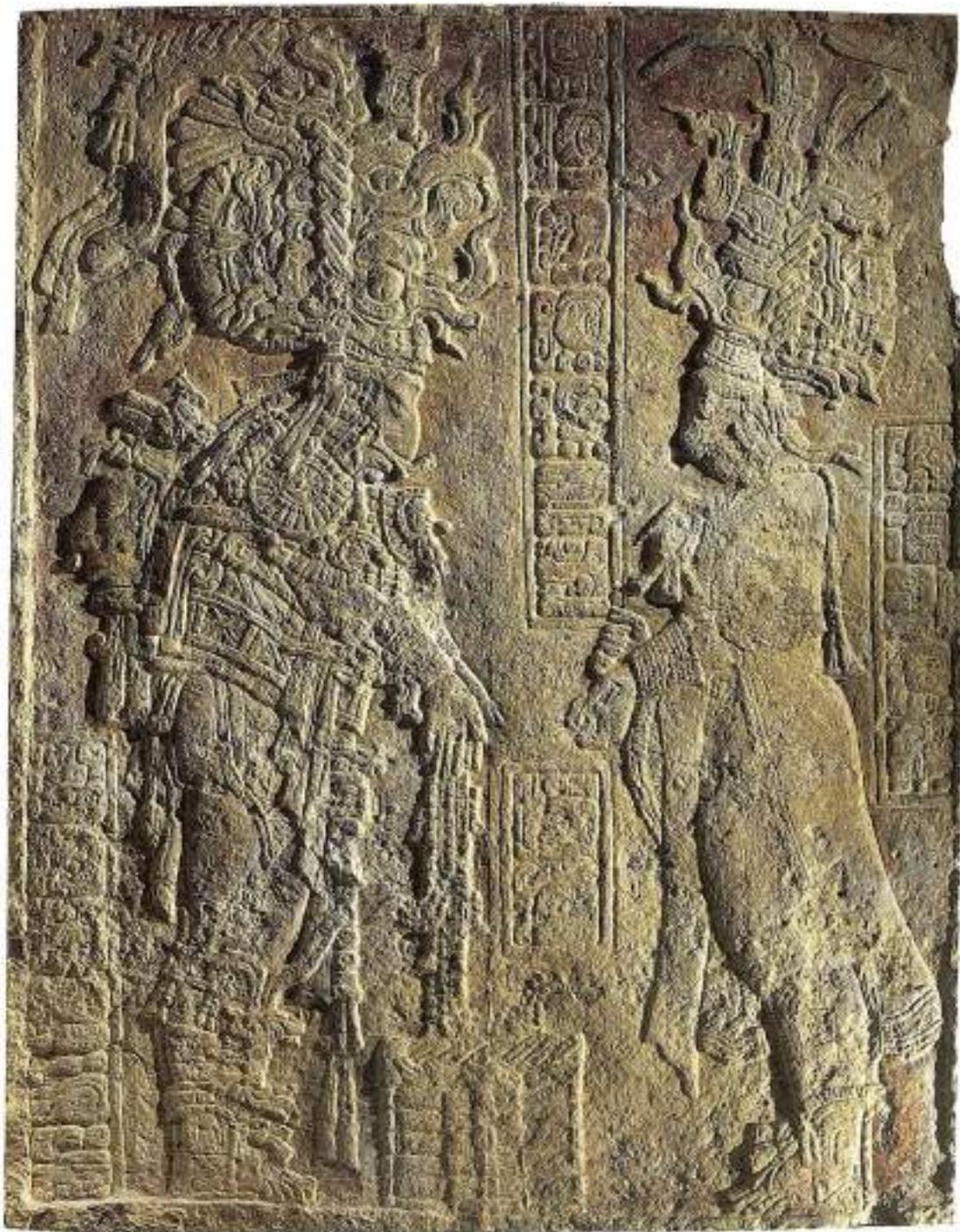
También es ancestral la sabiduría visionaria atribuida a la influencia de la Luna, fuente de poderes mágicos y aun de inmortalidad. Tales privilegios se obtendrían bebiendo el jugo — o la sangre — del fruto de algún árbol relacionado con la deidad. Aunque no puedo probar su vinculación lunar, evoco el uso entre los chontales de la corteza del chibálte' o pato borracho para preparar la bebida ritual que acompañaba, en la fiesta, a las ofrendas. Y en relación con la mágica omnipotencia conferida por la familiaridad con la Luna, habría que insistir en aquella "capacidad de volar" adquirida por sus seguidores, esos humanos convertidos en sobrenaturales que son los Aj Zutz'Balam. Sin olvidar que un derramamiento de sangre, un sacrificio, es inseparable del ascenso a la



31







conoce como bok o chibompan, porque tienen la cabeza calva. Andan libres en selvas, popales y lagunas: si se pretende que cuiden algo en especial, se les lleva ofrendas. Cuentan en Quintín Arauz que fueron ellos los que hicieron crecer muy altos los árboles de las montañas, que así se llaman en Tabasco las aglomeraciones selváticas, para treparse al cielo y hablar con Dios. Como no los dejó llegar ni les perdonó su osadía, estarían condenados a vivir en el monte, que es su dominio.

Igual que la naturaleza que rodea al hombre, igual que la Luna mutable, pueden mostrarse los sobrenaturales propicios o adversos. Los Aj Zutz'Balám los yumka', los chibompan se manifiestan con ambivalente veleidad. Hay que cuidarse de los que traen el "mal aire" o encantan a los humanos para llevarlos a sus dominios cuando se extravían en la montaña. El entorno está habitado por traviesos duendes que raptan niños y muchachas al filo del mediodía, cuando los sorprenden hablando chontal, o por "tigres-vampiros" nocturnos, prontos a devorar la carne humana, olorosa a chicozapote. La naturaleza entera -agua, viento, trueno, manglar, selva- está animada por una vida sobrenatural y por fuerzas que pueden conceder abundantes riquezas, cosechas y ganado o vengarse de ofensas o incredulidad con enfermedades y muerte. La palabra creciente, tan





propia de la experiencia tabasqueña, resume los dos comportamientos: creciente del río que ahoga la vida y creciente de la Luna que asegura siembra y cosecha.

En Tabasco sobrevive el recuerdo de Ix Bolon en las invocaciones de parteras y curanderos que repiten su nombre, en una salmodia, para propiciar buen alumbramiento o alejar los males del cuerpo y del espíritu. Se ha transmitido, de una a otra generación, la imagen bienhechora de una joven diosa aficionada al agua de las lagunas que habría habitado, en otro tiempo, entre los chontales, para abandonarlos luego y envejecer en el fondo del mar. Dicen que una virgen teje en la Luna, pero nada saben de Xochiquetzal, que tejía e hilaba trece bolas de algodón sentada sobre nueve cielos porque en el cielo se reflejan, cada noche, los nueve Inframundos. Suponen que el astro nocturno rige la abundancia o la merma de todo lo que nace de la tierra o del agua, pero la memoria de los ancianos ya no asocia a Ix Bolon con aquellas remotas deidades lunares.

La presencia de la Luna persiste, notablemente, en el culto que se rinde en Tabasco a las advocaciones de la Virgen María que portan, a sus pies, una media luna. Impresiona, en Cupilco, la magnitud de la celebración que se dedica, el 15 de agosto, a la Virgen de la Asunción, venerada igualmente en Tecolula y en Quintín Aranz. Copiosos tributos de animales y frutos de la tierra son portados ese día ante la Virgen, entre una plétora de veladores y velas alumbradas por el fervor de los que ruegan que la tierra siga siendo generosa en sus dádivas. La sobreposición de imágenes y nociones religiosas que acaban por asimilarse y confundirse es bien conocida. Así ha rastreado Jacques Lafaye la metamorfosis de Tonantzin en la Virgen de Guadalupe. En la época romana, un fuego perpetuo ardía en los templos consagrados a Diana, madre de todos los animales, coronada con la media luna. El 15 de agosto se celebraba su fiesta con profusión de velas y antorchas. La misma que ahora se dedica a la Virgen, en Italia, el día de su asunción, es decir, cuando sube al cielo para reinar sobre los hombres. La alusión a la Virgen María como "Luna de nuestra Iglesia" desde principios del cristianismo es un reconocimiento explícito de una asociación de imágenes que sigue vigente.

Los ancianos que guardaban el conocimiento se van yendo y se dice que no dejan herederos. Así ocurrió hace dos años en Tucta, con el centenario Julio Bernardo. Todavía hay rezanderos y curanderos — aj tz'ak — que saben el uso de las hierbas, pero casi han desaparecido los aj tz'a'taya, los brujos, que viajaban hasta Palenque para la ceremonia de iniciación. Hasta hace poco, la corteza



de chibálte' se molía en panela en trapiches domésticos para preparar la bebida ritual que se consumía en las fiestas. Las máscaras, los tambores, el tunkul y la flauta eran sagrados: sólo podían usarlos, en actos ceremoniales, quienes tenían poderes para comunicarse, por su intermediación, con los sobrenaturales. La invasión de la modernidad los ha vuelto profanos.

La cultura indígena concibió un sistema de vida fundado en la coexistencia del hombre con el medio, que se lograba mediante un contrato constantemente renovado: a las ofrendas que aportaban los dueños de la tierra, de los animales, de los elementos, respondían con su beneplácito que permitía usufructuar el espacio, recoger la cosecha, obtener productos de la caza o la pesca, esquivar el viento, el rayo, la inundación, la enfermedad. Cuando el sistema se desintegra por la penetración de una modernidad voraz que se apropia de los dones sin pedir permiso, el equilibrio se rompe y prevalece el aspecto más agravante del trópico húmedo y selvático. Aun así, el medio sigue siendo familiar para los indígenas y es el habitante de la ciudad el que más le desconfía, porque su trato con la naturaleza siempre ha sido de distancia y de dominio, no de propiciación.

Aunque la ciudad misma sea una conquista del hombre, un arcaico recelo de que la selva vuelva a apoderarse de los espacios habitados queda siempre agazapado. Selva y agua son amenazas visibles o invisibles que se ciernen sobre los reductos del espíritu. La selva puede estar lejos, reducida ya a su mínima expresión, vulnerada y mancillada, expoliada en su flora y en su fauna, maniatada hasta domesticarla pero sigue siendo, en lo imaginario de cada habitante de este territorio, "la montaña", laberinto misterioso donde sólo los indígenas saben aventurarse. Sigue estando presente como si acechara a la vuelta de cada esquina; como si sus tentáculos subterráneos se abrieran paso subrepticamente por debajo de pastizales y sabanas para salir de repente a la superficie, en cualquier momento, en el lugar menos pensado: la sala de una casa, el patio de una escuela, la nave de una iglesia, el recinto de un mercado. Está en todo lo que la niega: el gusto por el asfalto y el concreto, por las paredes de "material" y los techos de asbesto o de zinc, el predominio de patio sobre jardín, la idea de que "donde hay gente no hay monte".

Hasta en la tradición oral indígena está la advertencia. Los humanos no deben ceder a la tentación de "ponerse" la piel de tigre, a riesgo de no poder quitársela: el canibalismo es el precio de esa vuelta hacia atrás. El que se ha convertido en tigre, "ya es de la gran selva" y se tragará a su mujer como se lo



tragó a él la gran devoradora. Por algo los dueños del monte tienen los pies "volteados", de modo que sus pisadas se marcan al revés: ser atraído por sus insinuaciones a la espesura equivale a caminar hacia atrás con el peligro de atravesar, en retroceso, la frontera entre cultura y naturaleza. Abundan las historias de un hombre que "se mantenía como Tarzán ahí en la montaña", al que ya se le habían olvidado las palabras y las historias de viejos condenados a la hoguera porque pretendían devorar al primogénito del hijo, "a pesar de que ahora nos rigen otras leyes". La gente dice que en el monte, en el acahual, el que va caminando sin ser conocedor de los signos de la selva, puede perder de repente la ubicación. Hay que cortar entonces, a lo largo, un bejuco colgante de algún árbol: se cruza en medio y se rompe el encanto. Es un recurso mágico para desprenderse del abrazo de la espesura, que juega a tragarse a los que atraviesan su dominio: la inteligencia de los niños, es la creencia, puede resultar irreparablemente dañada. El yoko yinik sabe que el estado de naturaleza no fue el paraíso. Sabe que se ganó su lugar con intuición e inteligencia en la medida en que aprendió a sobrevivir sin desdeñar la energía, positiva y negativa, que generaba el entorno. Sabe que había que estar en buenos términos con la naturaleza para poder disfrutar de sus beneficios sin padecer en exceso sus amenazas. Apropiarse en demasía de sus bienes es propiciar su ira. Cuando se incendió en el mar de Campeche un pozo petrolero hasta Vicente Guerrero, en Centla, llegó la noticia: el dueño de la tierra ¿o acaso la dueña del mar? exigía el sacrificio de dos niños de tez morena, en desagravio por los excesos en la extracción del petróleo. Las madres, asustadas, protegieron a sus pequeños, en el interior de las casas, mientras pasó el peligro.

El agua, torrente que cae del cielo para alimentar los caudales ya de por sí sobrados de los ríos y desbordarse luego sobre las calles y derrumbar viejos puentes y barandillas y obligar a la gente a abandonar sus casas para buscar refugio en parajes más altos y protegidos, ha sido azarosa, errática y voluble en sus tratos con los hombres. Ya la creciente no obliga a navegar las calles en cayuco en ninguna temporada del año. Pero los ciudadanos desconfían instintivamente de la lluvia porque sus padres y sus abuelos la vieron penetrar muchas veces, como huésped inesperado e inoportuno, en las habitaciones interiores donde el afuera siempre presente se volvía de súbito agresivamente invasor.

Las lagunas de Nacajuca y Centla estuvieron habitadas, hasta hace pocos años, por innumerables lagartos, que saltan a asolearse en islotes llenos de gar-

zas. Los chontales pescaban mojarra, topén y peje. Los arroyos estaban cuajados de hicoateas.

Se cuenta que un indígena escuchó un día ruidos extraños bajo la tierra y que, en una cueva, se encontraron 400 tortugas que un viejo saurio había acumulado para alimentarse. Se cuenta de un comerciante que sacaba cinco mil pieles de esos animales cada mes. Los monos aullaban alrededor de los poblados toda la noche. Entre jacintales que arrastraban las corrientes, se navegaba de Nacajuca a Villahermosa, un trayecto que ahora requiere media hora de carretera. Pelotas de fuego corrían de un extremo a otro en el paso de don Cipriano y, cuando dejaron de aparecer, se secó el popal. Criollos e indígenas cuentan parecidas historias, cargadas de presencias sobrenaturales. El tiempo fabuloso en el que se sitúa ese acontecer poblado por algo más que lo visible no es demasiado remoto: ocurrió hace tres décadas, hace veinte años, o acaso diez o apenas el otro día.

El hombre de estas tierras tuvo que codificar el mundo a su alrededor para, poco a poco, volver ordenado el caos y encontrar su lugar en ese orden, vuelto ya descifrable. Transitó la selva muchas veces defendiéndose de la muerte agazapada antes de empezar a reconocerla como fuente de vida, antes de sentirla animada por un alma que podía sintonizarse con la suya. La selva se preñó



entonces de una existencia espiritual y tuvo un corazón cuyos latidos podían ser escuchados y los hombres de estas tierras aprendieron a conocer su lenguaje y a dialogar con ella. En los claros que abrían para sus milpas descubrieron que el alma de los pájaros era afín al alma del maíz y supieron oír mensajes en sus cantos y en los chillidos de los insectos. La selva agobiante, intrincada y caótica, fue haciéndose legible: los hombres fueron trazando caminos en la maraña cerrada e inventaron un sistema de relaciones que les permitió tomar sus animales, sus hierbas y sus frutos y ocupar espacios suyos sin ser castigados. Supieron que los dueños de la tierra tenían la misión de protegerla y velar para que no se agotara, pero también intuyeron que estaban dispuestos a favorecer la sobrevivencia del hombre: las ofrendas, en el tiempo y el lugar adecuados, asegurarían ese intercambio.

La religiosidad, emanación de la cultura, rescató para los hombres el espacio de una naturaleza llena de acechanzas. Significada por un sentimiento de lo sagrado, recibió en su regazo las piedras de los templos y prestó la ceiba a las ciudades para sacrificar el espacio urbano y vincularlo con el orden cósmico.

La modernidad se obstina en arrebatar reductos, cada día, al compromiso ancestral que aseguraba el equilibrio del hombre, estrechamente vinculado a la tierra, con todos los elementos que, habiendo podido aliarse para perderlo, supo conjugar para que le fueran propicios. Lo profano de la civilización que implanta el Progreso desplaza lo sagrado de una cultura que le garantizaba al hombre, lo mismo que al jaguar y a la serpiente, un lugar en el cosmos.

Fuera de aquel sistema que estructuraba la vida en torno a un cordón invisible que aseguraba la comunicación entre tierra y cielo, selva y agua, agua y selva son palabras que evocan, al ser enunciadas, un entorno indiferente, cuando no hostil, a las necesidades humanas. Al principio, in illo tempore, fue el duelo entre naturaleza y cultura: los espacios del espíritu fueron claros despejados en la fronda enmarañada de una vida tumultuosa infiltrada, silenciosa, subrepticamente, por la muerte. La cultura se fundó, en sus tiempos más floridos, en una alianza sagrada que decidió el duelo a favor de la sobrevivencia. La esperanza de los hombres de estas tierras sigue estando en la restauración, cada día renunciada, de esa alianza.

En el fondo del mar, Ix Bolon preserva el espíritu de los antecedentes, de los pitunes que en grandes hucups, mecidos por el oleaje violento del Golfo, entre soles y huracanes, alcanzaron las aguas luminosas del Caribe. En su casa de







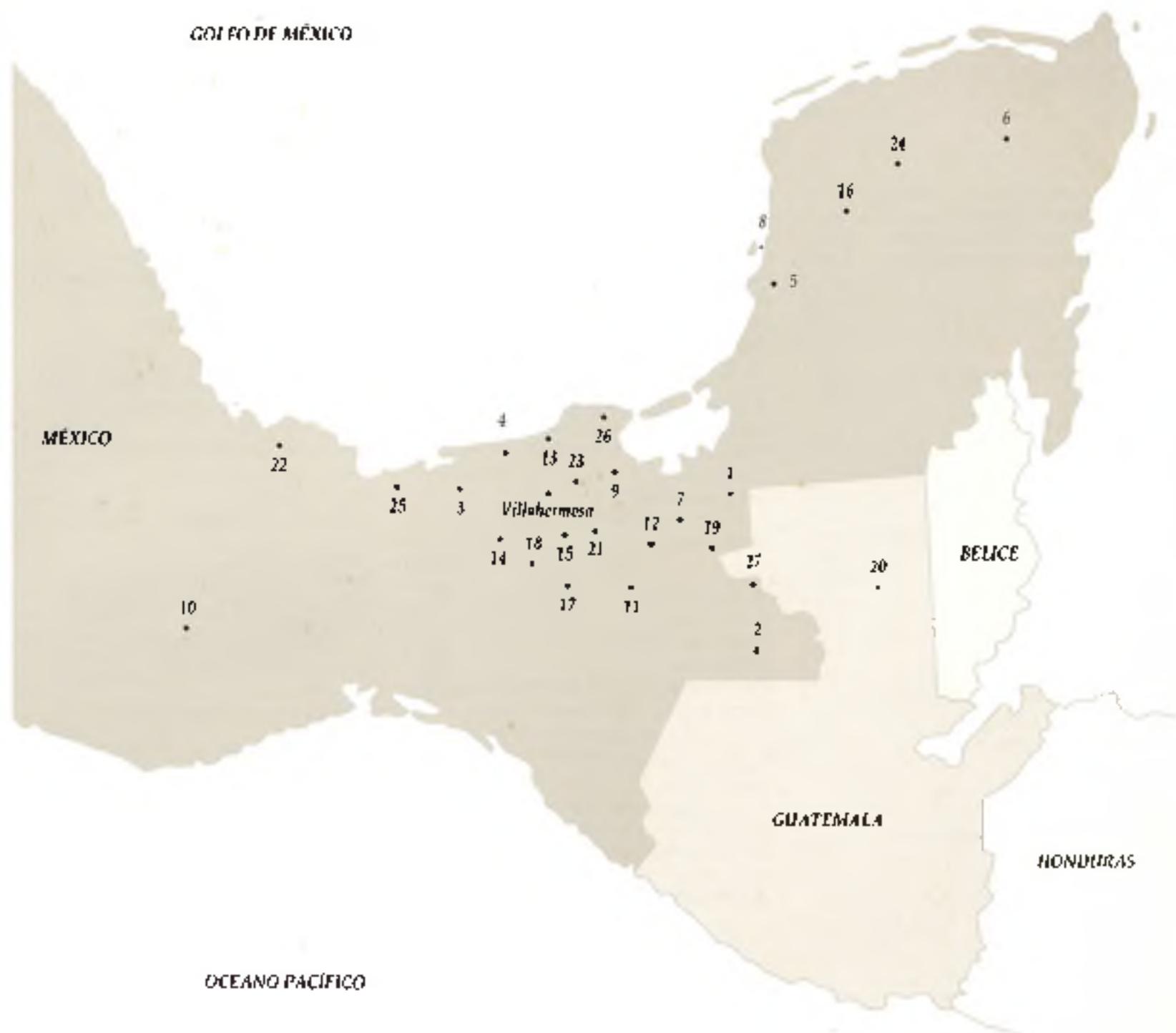
chapotote, negra como el oro oscuro que circula por las entrañas de Tabasco, resiste los fuertes vientos del Norte que pretenden dejarla sin morada. Para asegurarle la inmortalidad, la colman de ricos presentes de oro sus criaturas nocturnas, regalos tan ricos como aquellas telas, plumas de quetzal, piedras de jade, de topacio y de turquesa que los diligentes mercaderes chontales llevaban y traían, cumpliendo su papel sagrado de fecundos intermediarios entre culturas. Objetos de oro que restituyen el peine robado con el propósito, sin duda, de devolverle la juventud.

En el apogeo imperial de los mexicas, su reclamo de pueblo elegido del Sol encontraba fundamento en el furor vengativo de la Luna que, con las estrellas, regia el reino de las tinieblas y del mal. El Sol y sus elegidos debían vencerla día a día para asegurar el triunfo a las fuerzas del bien y de la luz.

El recuerdo de una divinidad lunar mucho más familiar a los hombres, capaz de castigar pero también bienhechora y propiciatoria, viene de tiempos más remotos, y con ese signo arcaico quedó marcada en la memoria chontal. Es verdad que su menguante, su oscurecimiento, ha durado siglos, cientos de años que coincidieron con la mengua de la prosperidad de una raza que fue pujante y creadora. Pero la nostalgia de Ix Bolon es algo más que un melancólico lamento.

Vela desde el fondo del mar por sus hijos, que aprendieron a convivir con una tierra impregnada por el espíritu acuático de la Luna. Una tierra propicia siempre a la germinación. Una tierra donde, insistente, la vida acaba siempre por triunfar, una y otra vez, sobre la muerte. La vieja sabiduría que quiso preservar a Ix Bolon, anciana y refugiada en el fondo del mar, se funda en la obstinada persistencia de una expectativa: que un día, rejuvenecida, abandonaría su refugio marino para sumergirse de nuevo en las aguas de la tierra a la que privilegió en otro tiempo con su visita. La sabiduría arcaica se asienta en una certidumbre: que la Luna volverá a mostrarse, resucitada, en la promesa del creciente.

GOLFO DE MÉXICO



- | | |
|--------------------------|------------------|
| 1. Balancán de Domínguez | 25. San Lorenzo |
| 2. Buenrapá | 26. Santa Elena |
| 3. Cárdenas | 27. Tapijalapa |
| 4. Comalcalú | 18. Teapa |
| 5. Champotón | 19. Tenosique |
| 6. Chichén-Itzá | 20. Tixá |
| 7. Emiliano Zapata | 21. Tortuguero |
| 8. Jala | 22. Tres Zapates |
| 9. Joruta | 23. Tuxtla |
| 10. Monte Albán | 24. Uxmal |
| 11. Palenque | 25. La Venta |
| 12. Pomona | 26. Xicalango |
| 13. Progreso | 27. Yaxchilán |
| 14. La Reforma | |

NOTAS ICONOGRÁFICAS

1. Personajes de "La tragedia del jaguar",
puesta en escena del Laboratorio de
Teatro Campesino e Indígena, fogar.
Austacio Hernández Girónimo.

2. Estera de Tortuguero (detalle)
Zona arqueológica de Tortuguero,
Minicapaná, Tabasco
Periodo Clásico Tardío, siglo VII d.C.
Cultura maya
Piedra caliza esculpida
222 x 65 x 36 cm
Museo Regional de Antropología Carlos
Pellicer, Villahermosa

3. Ex-cavo en la Iglesia de Quimín Aranz

4. Vajija Caracol
Isla de Francisco Chabé, Parícuta, Tabasco
Periodo Clásico
Cultura maya
Cerámica modelada
14.5 de altura x 20 cm de diámetro
Museo Regional de Antropología Carlos
Pellicer, Villahermosa

5 y 6. Altar No. 4
La Venta, Tabasco
Periodo Formativo Medio, 800-400 a.C.
Cultura olmeca
Roca basáltica tallada
160 x 119 x 790 cm
Parque Museo de La Venta, Villahermosa

7. Cetro
La Venta, Tabasco
Periodo Formativo Medio
Cultura olmeca
Piedra verde oscura, posiblemente jade,
tallada y pulida
22.5 x 5 x 2 cm
Museo Regional de Antropología Carlos
Pellicer, Villahermosa

8. Cabeza Colosal No. 1
Zona arqueológica de La Venta, Tabasco
Periodo Formativo Medio, 800-400 a.C.
Cultura olmeca
Roca basáltica tallada
147 de altura x 640 cm de circunferencia
Parque Museo de La Venta, Villahermosa

9. Aloramiento 19
Zona arqueológica de La Venta, Tabasco
Periodo Formativo Medio, 800-400 a.C.
Cultura olmeca
Roca basáltica tallada
95 x 76 x 60 cm
Museo Nacional de Antropología,
México, D.F.

10. Figurilla-Silbato
Jonuta, Tabasco
Periodo Clásico Tardío
Cultura maya
Cerámica modelada
8.5 de altura x 4.5 cm de diámetro
Museo de Jonuta

11. Vajija tripodal
Jonuta, Tabasco
Periodo Clásico
Cultura maya
Cerámica modelada y policromada
34.2 de altura x 13 cm de diámetro

12. Ladrillo grabado
Jonuta, Tabasco
Periodo Clásico Tardío, 700-900 d.C.
Cultura maya
Barro cocido modelado
26.5 x 12 x 2.7 cm
Museo de Jonuta

13. Mapa de Melchor Alfaro de Santa
Cruz, 1579
Jacomine
Museo de Historia, Villahermosa, Tabasco

14. Paucorrera del centro ceremonial,
zona arqueológica de Comalteco

15. Ladrillo grabado
Comalteco, templo 3, lado sur, escombros
Periodo Clásico Tardío, 700-900 d.C.
Cultura maya
Barro cocido, dibujado con técnica de inciso
86 x 27 x 5 cm
Museo de Sitio, zona arqueológica de
Comalteco

16. Ladrillo grabado
Comalteco, templo 1, lado sur
Periodo Clásico Tardío, 700-900 d.C.
Cultura maya
Barro cocido, dibujado con técnica de inciso
19 x 20 x 2.4 cm
Zona arqueológica de Comalteco

17. Ladrillo grabado
Comalteco, templo 1, lado sur, segundo cuerpo
Periodo Clásico Tardío, 700-900 d.C.
Cultura maya
Barro cocido, modelado al pastillaje y
dibujado con técnica de inciso
16 x 20 x 3 cm
Bodega zona arqueológica de Comalteco

18. Ladrillo grabado
Comalteco, patio, lado oeste, sobre la escalera
Periodo Clásico Tardío, 700-900 d.C.
Cultura maya
Barro cocido, modelado al pastillaje y
dibujado con técnica de inciso
17 x 17 x 1.5 cm
Museo de Sitio, zona arqueológica de
Comalteco

19. Detalle de pirámide de Comalteco

20. Vaso Pellicer (detalle)
Procedencia desconocida
Periodo Clásico
Cultura maya
Cerámica modelada y decorada con
pintura policroma
22 de altura x 16 cm de diámetro
Museo Regional de Antropología Carlos
Pellicer, Villahermosa

21. Pectoral de jade
La Encrucijada, Cardenas, Tabasco
Cronología desconocida
Cultura olmeca
Jade tallado
8.5 x 13.6 x 2.5 cm
Museo de Historia, Villahermosa

22. Figurilla de mujer parturienta
Balancán, Tabasco
Periodo Clásico Tardío
Cultura maya
Cerámica modelada
9 x 4.5 x 4 cm
Museo José Gómez Pañaco Balancán

23. *Figura de pareja abrazada*
Periodo Clásico Tardío 700-900 d.C.
Cerámica con pigmentos
22.5 cm de altura
Detroit Institute of Arts, Founders Society
Purchase, Katherine Margaret Kay
Bequest Fund and Mes Endowment Fund

La figura femenina podría identificarse con la diosa de la Luna.

24, 25, 26 y 27
Representaciones de la Chul en el Códice
de Dresden

La imagen de una mujer joven o anciana, que arroja agua de una vasija, ha sido identificada como la Chul, diosa de la Luna. El aspecto maligno del personaje se indica con garras en los pies y huesos cruzados en la falda. Sobre la cabeza presenta, enroscada, una serpiente. La diosa aparece vinculada, así, al destino y la inundación astronómica.

28. *Tejedora*
Periodo Clásico Tardío, 700-900 d.C.
Cerámica
9.2 x 15.9 x 1.5 cm
Cortesa del Museum of the American
Indian, Heye Foundation, New York

Las imágenes de tejedoras podrían asociarse a la diosa de la Luna.

29. *Urina*
Tuxtla Gutierrez, Tabasco
Periodo Clásico
Cultura maya
Barro cocido y modelado
63 x 26 x 13 cm
Museo Regional de Antropología Carlos
Pellicer, Villahermosa

30. *Lápida del sarcófago de Pacal*
Palenque, Chiapas
Periodo Clásico Tardío 684 d.C.
Piedra caliza esculpida
372 x 217 cm
Templo de las Inscripciones, zona
arqueológica de Palenque, Chiapas

Sobre la nariz de Pacal se advierte el hueso que aludiera a la semilla de la resurrección.

31. *Lápida del templo XIV*
Palenque, Chiapas
Periodo Clásico Tardío 705 d.C.
Piedra caliza esculpida
176 x 199 cm
Zona arqueológica
de Palenque

El soberano Chan Bahlum emerge triunfante del inframundo y recibe, de su madre Afo-Gel, el cetro del dios K o Ah Bolon Dzucab. La escena detona en un momento mítico: la primera presentación del dios por la Luna de la Luna.

32. *Dintel 24*
Yaxchilan, Chiapas
Periodo Clásico Tardío, 725 d.C.
Piedra caliza esculpida
119.5 x 80.6 x 10.1 cm
The Trustees of The British Museum,
London

Sangre ritual de la reina Xoc de Yaxchilan. El rey Escudo-jaguar sostiene una antorcha, probablemente porque la ceremonia se celebraba en un interior oscuro.

33. *Dintel 2*
La Pasadita, El Peten, Guatemala
Periodo Clásico Tardío, 766 d.C.
Piedra caliza esculpida
117 x 90 cm
Rijksmuseum voor Volkenkunde, Leiden,
Holanda

Sangre ritual del soberano Popilo Jaguar de Yaxchilan. El rey deja caer su sangre en un recipiente donde sería quemada en ofrenda a los dioses.

34. *Bok, personaje sobrenatural*
representado por niño chamal

35. *Detalle de altar popular*

36. *Don Fernando Hernández Isidro,*
padre de Tuxtla

37. *Villahermosa, 1927. Fotógrafo*
desconocido, colección de la familia
González del Castillo.

38. *Intrillo grabado*
Comalcalte, palacio, caza oeste, sobre la
escalera
Periodo Clásico Tardío, 760-900 d.C.
Cultura maya
Barro cocido, modelado al pastillaje y
dibujado con técnica de incise
40 x 19.5 x 3 cm
Museo de Sitio, zona arqueológica de
Comalcalte

39. *Intrillo grabado*
Comalcalte, templo I, santuario superior,
interior
Periodo Clásico Tardío 700-900 d.C.
Cultura maya
Barro cocido, modelado con técnica de
pastillaje
28 x 19 x 3.5 cm
Museo de Sitio, zona arqueológica de
Comalcalte

BIBLIOGRAFÍA

- Barrera, A., Gómez-Pompa, A., y Vázquez-Yanes, C.:** El manejo de las selvas por los mayas. sus implicaciones selvícolas y agrícolas (investigación inédita).
- Brady, James E. y Stone, Andrea:** Naj Tunich: Entrance to the Maya Underworld. *Archaeology Magazine*, vol. 39, No. 6, Nov-Dic., 1986.
- Caso, Alfonso:** El pueblo del Sol. F.C.E., México, 1953.
- Caso, Alfonso y Bernal, Ignacio.** Urnas de Oaxaca. *Instituto Nacional de Antropología e Historia-SEP, México*.
- Coe, Michael D., y Grove, David (compiladores):** The Olmec and their neighbours. *Essays in memory of Matthew W. Stirling*, Dumbarton Oaks Research Library and Collections. Trustees for Harvard University, Washington, D. C., 1982.
- Chevalier, Juan y Cheesbrot, Alain.** Diccionario de los Símbolos. Editorial Herder, Barcelona, 1986.
- De la Fuente, Beatriz:** Los hombres de piedra. Escultura monumental Olmeca. *Instituto de Investigaciones Estéticas, UNAM*, 1977.
- Gil y Sieniz, Manuel.** Compendio histórico, geográfico y estadístico del Estado de Tabasco. *Tipografía de José M. Abías, Tabasco*, 1872.
- Harding, M. Esther:** Woman's Mysteries ancient and modern. A Psychological Interpretation of the feminine Principle as Portrayed in Myth, Story and Dreams. G. P. Putnam's Sons, New York, 1971.
- Irujoistegui, Carlos:** Las márgenes del Tabasco Chontal. *Gobierno del Estado de Tabasco*, 1987.
- Lafaye, J.:** Quetzalcoatl y Guadalupe. F.C.E., México, 1945.
- Lacaton, Richard y Balam, Pablo:** Sueño del camino maya, el chamánismo ilustrado. F.C.E., México, 1986.
- Morley, Sylvanus G.:** La civilización maya. F.C.E. Colección Antropología, México, 1983.
- Ochoa, Lorenzo:** La presencia olmeca en el Medio Usumacinta. *Edición Municipal. II. Ayuntamiento Constitucional*, 1983-1985. Emiliano Zapata, Tabasco, México, 1985.
- Ochoa, Lorenzo (coordinador):** Olmecas y Mayas en Tabasco. cinco acercamientos. *Gobierno del Estado de Tabasco*, 1985.
- Perz, Octavio:** *Las selvas los mayas*. *Vuelta*. No. 122, enero 1987.
- Pérez González, Benjamín.** Los antiguos habitantes de Tabasco. *Gobierno del Estado de Tabasco, Colección Cuadernos*, 1986.
- Piña Chan, Roman.** Historia, Arqueología y arte Prehispánico. F.C.E., México, 1972.
Los olmecas antiguos. *Consejo Editorial del Gobierno del Estado de Tabasco*, 1982.
Quetzalcoatl serpiente emplumada. F.C.E., México, 1977.
- Roys, Ralph L.:** The Political Geography of the Yucatan Maya. *Carnegie Institution of Washington* publicación 613, Washington, D. C.
- Roz, Alberto.** El pueblo maya. *Salvat Mexicana de Ediciones-Fundación Cultural San Jerónimo Lidice*, México, 1981.
- Schele, Linda y Miller, Mary Ellen:** The Blood of Kings. Dynasty and Ritual in Maya Art. *George Braziller Inc., New York*, 1986.
- Stiles, France V., y Roys, Ralph L.:** The Maya Chontal Indians of Acalan-Tixchel: a contribution to the history and ethnology of the Yucatan Peninsula. *University of Oklahoma Press, Oklahoma, U.S.A.*, 1968.
- Suleto, Laura:** La cultura olmeca. *Gobierno del Estado de Tabasco, Colección Cuadernos* 1985.
La cultura maya. *Gobierno del Estado de Tabasco, Colección Cuadernos*, 1986.

Spranz, Bodo:

Los dioses en los códices mexicanos del grupo Borgia. F.C.E., México, 1973.

Thompson, J. Eric S.:

The Moon Goddess in Middle America. *Carnegie Institution of Washington. Publication No. 509*, Washington, D. C., 1939.

Historia y religión de los mayas. *Siglo XXI, Colección América Nuestra, México, 1984*

Zola Baez, Manuel G. y Aliphat, Mario:

Agricultura prehispánica en las margenes del río Grijalva (*investigación inédita*). Instituto Nacional de Investigación sobre Recursos Bióticos, Centro Regional INIREB, Tabasco, México

De

Bajo el signo de la Balón
de Julia Campos

se imprimieron mil quinientos ejemplares en papel couché
cuya portada de cemento terral y cinco grupos de las
cubiertas así se encuadernaron a la rústica y quinientos
en percalina.

En su composición se usaron tipos de la familia
Aldoevi, en treinta, veinte, dieciocho, catorce,
once y ocho puntos, de Magnifico, S. A.

Se terminó de imprimir en agosto de 1968
en los talleres de Imprenta Moderna, S. A. de C. V.,
Avenida 102, Colonia Granjas Esmeralda,
México, D. F.

Pablo Méndez supervisó la impresión,
y la edición estuvo al cuidado de
Julia Campos, Edna Rivera y
Beatriz Marcheniz.

 RED NACIONAL DE BIBLIOTECAS
PÚBLICAS 145988

LC780

ETNOLOGIA Y SOCIOLOGIA
DANSYOS, JULIETA. 1982 -
DASO EL SIGNO DE IN ELOM

Fecha de devolución	Nombre del lector
_____	_____
_____	_____
_____	_____
_____	_____
_____	_____
_____	_____
_____	_____
_____	_____
_____	_____
_____	_____

PROGRAMA DE INVESTIGACIONES
EN LINGÜÍSTICA Y ETNOLOGÍA
BIBLIOTECA NACIONAL DE LINGÜÍSTICA
145988

1875